HEROES DE LA PRADERA

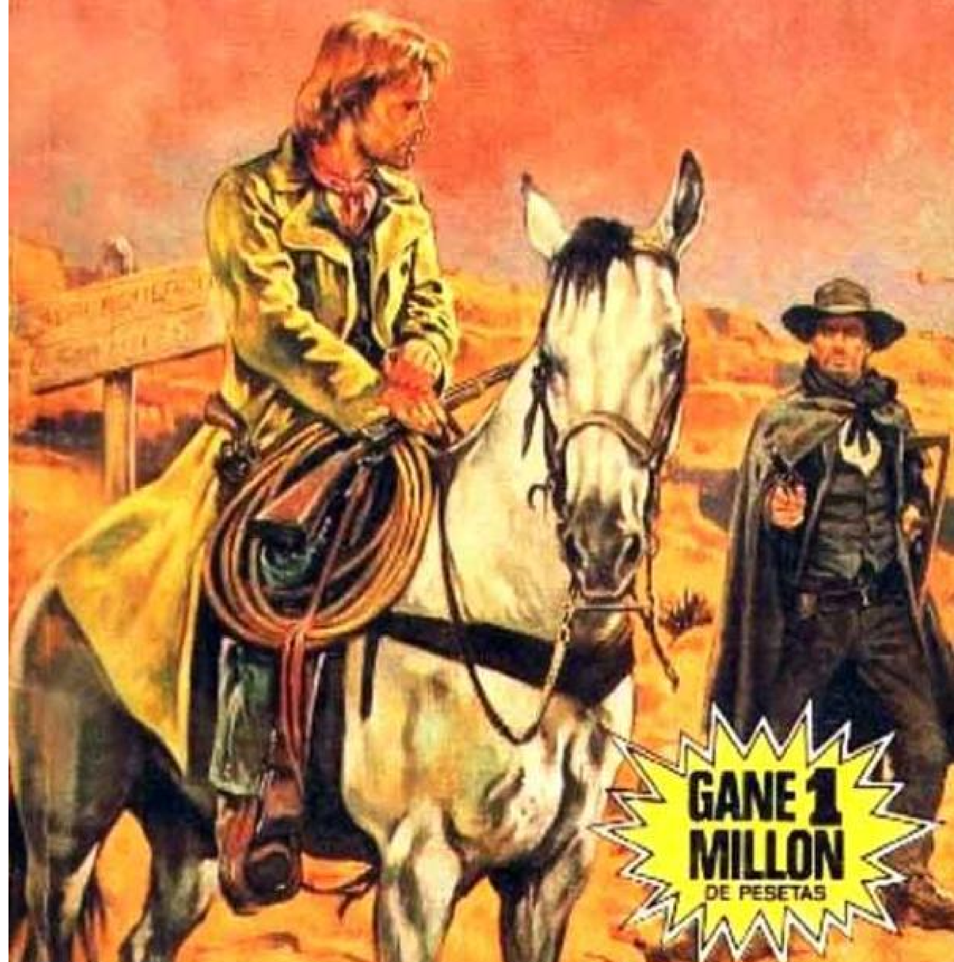
BRUGUERA

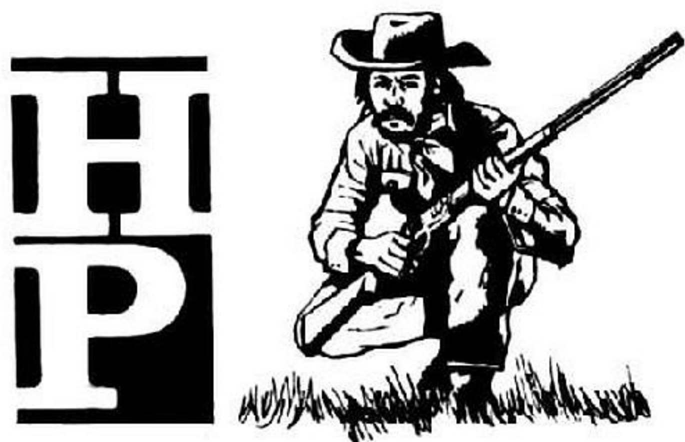
BOLSILIBROS

Oeste

Silver Kane

¡NO HABRA TIROS!





HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

¡NO HABRA TIROS!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 759
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

¡NO HABRA TIROS!

SILVER KANE

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 759
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGERA S. A.
BARCELONA- BOGOTA- BUENOS AIRES - CARACAS - MEXIXO

3.ºedicción en esta colección en España: abril, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Brugera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 06006 Barcelona (España)

Impreso en España Print in Spain
ISBN 84-02-02524-2
Depósito Legal B 9414-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152 km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1955

CAPÍTULO PRIMERO

La iglesia estaba adornada con profusión de flores. Sonaban ya los primeros acordes del órgano.

Toda la población de Silver City —no muy numerosa en aquella época— se había congregado ante la puerta del templo. Los invitados llenaban el interior.

Jim Coleman avanzó lentamente entre las dos apretadas filas de público, estrechando manos y recibiendo parabienes.

—Felicidades, Jim.

—Te llevas a la chica más hermosa de Silver City.

—Resulta extraño verte sin revólver, chico.

—¡Vais a ser muy felices!

Aquella luminosa mañana de mayo todo era alegría en la pequeña ciudad. El hecho de que el alguacil Jim Coleman se casara con la hija del pastor de almas, era todo un acontecimiento.

Además, Nancy pasaba por ser la chica más bonita de la ciudad. No exageraban los que habían felicitado a Jim.

Y el hecho de que el propio padre de la muchacha —sacerdote del lugar, perteneciente al culto protestante— los uniera en matrimonio, no hacía sino destacar aún más la llamativa ceremonia.

Jim Coleman, de veintiséis años, rubio y con la piel oscurecida por el sol, alto y de formas hercúleas, se adelanto hasta el altar y sonrió a todos los que estaban en torno suyo.

No se sentía a gusto con la levita y el pantalón de raya bien planchada. Toda la vida había llevado prendas vaqueras y las que ahora usaba le parecían de lo más incómodo. Pero los sacrificios cuando uno se casa —pensaba— tienen que empezar ya en el mismo momento de la boda.

Los comentarios, detrás suyo, eran elogios, puesto que todo el

mundo tenía simpatía a Jim.

—Harán una magnífica pareja.

—Lástima que ella sea tan pacífica y él tan violento. Bueno, violento a su modo. Siempre ha servido a la ley con el revólver en la mano.

—Y ya sabemos que Silver City no ha sido nunca precisamente una ciudad tranquila.

—Ha tenido que matar a muchos hombres para imponer la ley.

—Precisamente por eso el padre de Nancy, el pastor Carrigan, no quería consentir esa boda. El es el hombre más pacífico que existe. Se dejaría pisotear antes de cometer un acto de violencia. No le hacía gracia que su hija estuviera casada con un pistolero profesional, aunque éste llevara la estrella al pecho. Pero por fin se ha impuesto el sentido común.

—El pastor Carrigan estará contento.

—Jim es un excelente muchacho.

—Y siempre cumple su palabra.

—Lo que él dice, es como si estuviera escrito en la propia ley.

Todos estos comentarios fueron acallados por un *crescendo* de la música del órgano, que coincidió con la entrada de la novia. Los rostros se volvieron todos a la vez hacia la puerta, como si correspondieran a un solo cuerpo.

Nancy estaba en aquel momento en el cénit de su belleza.

Era una muchacha de veinte años y tan distinguida y elegante como nunca se había visto en Silver City. Sus cabellos rubios, que llevaba bastante cortos, enmarcaban un rostro de ojos limpios, tranquilos, y de labios pulposos y levemente sensuales. Los hombres decían que Nancy Carrigan tenía la boca más bonita del territorio y era posible que esa frase no fueran ninguna exageración.

Casi todos los hombres de la ciudad habían sentido deseos de besar a Nancy, de probar aquellos labios tentadores y rojos. Pero eran pocos los que se atrevían a decirlo, por respeto a la muchacha y a su padre.

La visión de aquellos labios hizo que uno de los invitados, el juez Brandon, recordara una escena acaecida sólo dos años antes.

Se volvió hacia su secretario y musitó:

—¿Te acuerdas de Chowlitz?

—¿Cómo no voy a acordarme? ¡Maldito perro! Pero ¿a qué

viene hablar de él ahora?

—El también dijo que Nancy tenía los labios más bonitos del territorio…, lo mismo que estoy pensando yo.

—Pero usted lo piensa de otra manera.

—¡Por supuesto! Yo, si fuese más joven, habría intentado casarme con Nancy Carrigan. Chowlitz, en cambio, es de los que no se casan jamás. Pero juró que sería él el primero en besarla.

—De eso hace dos años. Jim Coleman lo hizo salir de la ciudad a uña de caballo. Y eso que él y Nancy no eran aún novios. Si llegan a ser novios, lo mata.

—Pues hubiera sido mejor. A mí siempre me ha fastidiado el recuerdo de ese tal Chowlitz.

—Silencio. La ceremonia va a empezar…

En efecto, los dos novios habían llegado ya al altar. Los sonidos del órgano acababan de cesar en aquel momento, y el silencio, por contraste, resultaba más grave y más solemne. El pastor apareció por una puerta lateral y se dirigió sonriendo hacia los contrayentes.

Para él, iba a comenzar en aquel momento uno de los episodios más importantes de su vida.

Estaba a punto de unir en matrimonio a su única hija.

No tenía más familia, pues era viudo desde diez años atrás. Y el instante gozoso estaba para él lleno también de una secreta pena.

Afortunadamente, Nancy y su esposo se quedarían a vivir en Silver City. Jim era el alguacil de la ciudad.

Ella viviría en otra casa, pero eso no significaba que la perdiese del todo. Todos los días podían verse.

La sonrisa se hizo más ancha cuando estuvo frente a los dos. El pastor de almas intentó dominar lo que aquel instante tenía para él de nostalgia y de pena.

—Hijos míos… —empezó a decir.

En aquel momento una de las puertas laterales de la iglesia, la que daba a la sacristía, justo la misma por la cual había entrado el pastor minutos antes, se abrió bruscamente.

Cinco hombres entraron en el lugar.

Los cinco iban vestidos de vaqueros y, por cierto, con las ropas bastante sucias. Llevaban revólveres en sus manos.

Se produjo en la iglesia un murmullo de asombro, de estupor, de miedo.

El juez había quedado casi sin respiración al susurrar:

—Chowlitz…

El forajido que dos años antes tuvo que huir de Silver City, estaba ahora protegido por cuatro revólveres. Dirigió al lugar una mirada ansiosa e hizo una seña a uno de sus hombres.

Éste fue a situarse ante la puerta principal. Mientras avanzaba, movía peligrosamente el revólver en abanico, hacia un lado y otro del pasillo.

La puerta exterior ya se había cerrado, para salvaguardar la intimidad del recinto. Nadie podía ver desde la calle lo que estaba sucediendo dentro.

—Que nadie se mueva —dijo el de la puerta—. Que nadie grite tampoco si quiere seguir viviendo.

Era innecesaria aquella advertencia.

Todo el mundo estaba tan asombrado, tan lleno de estupor, que el silencio se había hecho absoluto, casi angustioso.

Nadie movía un músculo.

Las gargantas se habían quedado secas.

En medio de aquel silencio, Chowlitz avanzó pesadamente. El ruido cantarino de sus espuelas semejó un estruendo, en la quietud obsesionante del local.

El pastor se había vuelto hacia él.

Sus ojos dulces, pero inflexibles, le miraban fijamente.

—¿Qué quieres aquí, Chowlitz? ¿Quién te ha dado permiso para entrar con armas en lugar sagrado?

—Yo no necesito permiso.

—¿Qué pretendes? ¿No ves que estamos a punto de iniciar una boda?

—Yo no pretendo estorbarla.

—¿Pues qué quieres?

—Besar a la chica.

La extraña y rotunda petición aumentó el asombro que sentían todos los que estaban en el templo. Luego, aquel asombro cesó en parte. La petición era extraña, pero no tratándose de Chowlitz. Dos años antes había jurado que sería el primer hombre en besar a Nancy Carrigan. Y si bien no había vuelto del todo a tiempo, lo cierto es que pensaba cumplir su promesa.

El pastor susurró:

—Estás loco…

—Hace dos años juré que lo haría.

Jim Coleman, que no había hablado, despegó los labios por primera vez. Su voz fue tranquila y metálica.

—Lo recuerdo perfectamente, Chowlitz. Hace dos años te di una paliza y te eché de la ciudad. Quisiste besar a Nancy y yo no lo consentí.

—Juré entonces que volvería.

—No te maté entonces por verdadero milagro, Chowlitz. Pero no busques que te mate ahora. —¡No llevas armas!—. Claro, puesto que voy a casarme.

—Ninguno de los que están aquí lleva armas —susurró Chowlitz, mostrando una sonrisa cuadrada—. Ni hay vigilancia fuera. Hoy es el único día del año en que en Silver City uno puede burlarse de la ley.

Todo el mundo había contenido la respiración.

Aquella situación, que les había parecido absurda al principio, empezaba a tomar visos de una realidad inaudita.

Si Chowlitz estaba loco, ésa era una razón de más para que su amenaza resultara doblemente peligrosa.

Chowlitz añadió roncamente:

—Voy a besarla, Jim. Voy a besarla delante de todo el mundo y todo el rato que me dé la gana.

Jim intentó conservar la serenidad.

—¿Qué ganas con eso, Chowlitz?

—La chica me gustó desde el principio. Juré que sería el primer hombre que la besara.

—Pues siento decirte que no has llegado del todo a tiempo, amigo. Comprenderás que, estando a punto de casarnos, la he besado alguna vez.

Chowlitz le miró con un odio lejano, animal, que parecía llegar del fondo de sí mismo.

Con una inquietud que iba creciendo, pero a la que aún no quería tomar en serio, Jim Coleman se dio cuenta de que aquel hombre estaba loco. O se hallaba sometido a una locura pasajera, que venía a ser lo mismo.

—Mira, muchacho, insisto en que no veo lo que ganas con toda esta absurda comedia.

—Darme un capricho.

—Te voy a…

—Nunca me he negado un capricho, Jim Coleman. Tú, como alguacil de Silver City, sabes bien por qué delitos estoy reclamado en otros Estados. Violación en Kansas y un delito similar en California. Caprichos las dos veces, ¿sabes? También maté, en la propia Kansas, a un hombre que se puso tonto defendiendo a una de las chicas.

—Sé que tu padre era rico, Chowlitz. Sé que te dio todos los caprichos, y que ahora no puedes prescindir de ellos… cueste lo que cueste. Por eso me das tanto asco, Chowlitz, y por eso lamento ahora no haberte matado hace dos años. Pero esta vez vas a tener que envainarte la lengua, amigo. Mi novia no está disponible.

—Razón de más para que yo diga lo contrario.

Jim parpadeó. Por razón de su oficio conocía bien a los locos y a los asesinos con sólo mirarlos a los ojos, y Chowlitz era una especie de concentración de todos los granujas, locos y asesinos, que Jim Coleman había visto en su vida. Lo más increíble podía esperarse de un tipo así. Y lo peor era que Chowlitz, al exigir el cumplimiento de su capricho, creía obrar con lógica. Pensaba que así demostraba, además, ante todo el mundo, que era el más fuerte y el más valiente.

No, no cedería con facilidad.

Jim llevó instintivamente la derecha a la funda pistolera, pero la retiró al ver que no la llevaba. Chowlitz sonrió ampliamente, con un gesto de burla.

—¡No vas a poder hacer nada esta vez, alguacil!

Nancy despegó los labios. No había hablado hasta aquel momento. Dijo con voz ronca:

—¡Mi opinión también cuenta, supongo! Y no consentiré que ese granuja me bese.

—Pues yo estoy decidido a hacerlo, muñeca.

—¿Y si me niego?…

—Te mataré.

La voz de Chowlitz había resonado clara, dura. No había la menor vacilación en ella. Todos supieron desde el primer momento que había obrado con absoluta seriedad y que estaba dispuesto a llegar hasta el fin.

—Éste es un lugar sagrado… —gimió el pastor.

—Mejor. Así, entre el silencio, la bala hará más ruido.

Los otros tres hombres se habían repartido en abanico y sus revólveres dominaban todo el pequeño templo. No había posibilidad alguna de resistencia en aquel momento. Uno de los forajidos se había situado a un paso de Jim.

—Vamos. ¿Qué decides? —No.

—Si crees que hablo en broma pronto te desengañarás, muñeca.

—Sé que no hablas en broma.

—Pues entonces obedece. Serías estúpida si no lo hicieras. Ninguna mujer se deja matar por un beso más o menos.

—En esta ocasión es distinto —la voz de Nancy seguía siendo perfectamente clara—. Si tú me besases aquí, ante todo el mundo, cuando voy a celebrar mi boda, quedaría deshonrada para toda la vida. Y me parecería que ensucio también a Jim.

El pastor de almas estaba realmente asustado. Se daba cuenta de que, lo que al principio le había parecido increíble, iba a ser realidad. Suplicó, vacilando:

—Es un loco, Nancy. A los locos hay que darles lo que piden. No creo que nadie tenga en cuenta lo que suceda, dadas las circunstancias. Complácele y que se vaya.

—¡No!

—Nancy…

—Lo que está en juego es mi honor. Y también está en juego la dignidad de Jim. Le humillaría si accediese.

—Sabes que detesto la violencia —susurró el pastor—. La detesto hasta el fondo de mi alma…

—Yo no hago ninguna violencia —susurró Nancy—. Me limito a no acceder a lo que ese canalla pide.

Los ojos de Chowlitz se iban inyectando en sangre. Sus manos temblaban. Era un auténtico frenético, un obsesionado, de eso no cabía duda.

Jim Coleman sintió que rechinaban sus propios dientes.

Su voluntad casi no intervino en aquello. Sus músculos se movieron automáticamente.

Dio un salto hacia Chowlitz, llevando las manos por delante, dispuesto a ahogarle.

Pero el pistolero que estaba a un paso de él se movió.

Dejó caer el revólver pesadamente sobre su nuca y Jim se desplomó sin sentido a los pies de Chowlitz.

Éste escupió sobre él. Luego volvió a mirar a la chica.

—Tienes la última oportunidad.

—No harás que cambie de opinión… —Ahora la voz de la muchacha temblaba ligeramente. No era una heroína y empezaba a vacilar—. No conseguirás que…, pues…

Estaba a punto de ceder, estaba a punto de hundirse, pero Chowlitz no lo entendió así. Le pareció que la expresión desesperada de los ojos de Nancy era una expresión de firmeza.

Masculló:

—Adiós, muñeca…

Y apretó el gatillo. Lo apretó dos veces.

CAPÍTULO II

El ataúd reposaba sobre un túmulo blanco. También era blanco aquel ataúd, también era blanco el vestido de novia que había servido como mortaja.

El rostro de Nancy era sereno, impasible, dulce.

Le habían disparado al pecho y al morir instantáneamente no se había producido en sus hermosas facciones la menor alteración, el menor rictus. Si un leve dolor hubo en el momento de morir, éste había sido ya borrado por la serenidad augusta y, a un tiempo macabra, de la muerte. Daba la sensación de que en cualquier momento se iba a poner en pie, que iba a caminar hacia e] altar, como un día antes, cuando Chowlitz la asesinó.

Jim Coleman estaba en pie ante ella.

Otra vez vestía ropas de vaquero. Le había parecido mejor acompañarla hasta su última morada con las mismas ropas con que había de vengarla.

Nuevamente llevaba en el cinto su inseparable «Colt Frontier», lo último que habían visto ante sus ojos muchos hombres que ya estaban en el más allá.

Y otra vez la estrella lucía en su pecho.

Al llevar el sombrero en sus manos, se apreciaba el fuerte impacto del culatazo que le hizo perder el sentido. Sus ojos impasibles parecían no mirar a ninguna parte.

Al fin los alzó.

Un hombre acababa de entrar en la estancia.

Era Jonás, el carpintero.

—Lo siento, señor Coleman…

—¿Qué ocurre?

—He de cerrar el ataúd. Ya es la hora.

—Co…, comprendo.
—Le ruego que me perdone, señor Coleman.
Jim desvió los ojos.
—Jonás, quería hablar con usted.
—¿Por qué?
—En primer lugar, quería felicitarle por el ataúd. Lo ha hecho muy bien y muy rápido.
—He puesto todo mi interés, señor Coleman…, aunque bien quisiera no haber tenido necesidad.
—Le encargo cinco más.
—¿Qué dice?
—Está bien claro. Cinco ataúdes más, pero no como ése. Los otros los quiero negros.
—Señor Coleman…
—Me ha oído bien, Jonás. Cinco ataúdes, todos de la misma medida. Si a alguno de los fulanos ésos le sobra sitio porque el ataúd es grande, mejor para él. Si le falta, le cortaremos un trozo para que quepa.
—Señor Coleman… Es un buen encargo el que me hace. No todo el mundo encarga cinco ataúdes de golpe, y encima sin preguntar precio antes. Pero le ruego que reflexione. Usted no podrá matar a esos cinco hombres.
—No los matará.
La voz, suave y dolorida, había sonado muy cerca. Los dos nombres se volvieron a la vez.
El pastor Carrigan estaba allí. Sus ojos seguían siendo tan dulces y serenos como siempre. Su rostro impasible no reflejaba ningún sentimiento. Diríase que estaba más allá del dolor, de la esperanza y de la muerte.
—Tú no lo harás, Jim —repitió.
—¿Sabe lo que dice?
—Cuando esos hombres se retiraron, después de disparar contra Nancy, cuando nadie fue capaz de detenerlos, porque todo el mundo estaba inmovilizado por el horror, yo me di cuenta de que llevaban encima su propio castigo. Toda la vida recordarán ese momento. Toda la vida tendrán miedo, pena, asco de sí mismos. Y la justicia eterna se encargará de castigarlos debidamente si para entonces no se han arrepentido, Jim.

El alguacil sintió deseos de reír. Si no llega a ser por la presencia de la muerta hubiese lanzado una carcajada de borracho o de loco.

—De modo que sentirán arrepentimiento y asco de sí mismos, ¿eh?

—Sí, Jim.

—Y de modo que llevarán el castigo encima…

—No lo dudes.

—Me ha conmovido usted. Me dan ganas de llorar.

—Te ruego que no te burles, Jim.

Rechinaron los dientes del joven. No pudo evitar faltar al respeto que debía al pastor de almas Carrigan, respeto que merecía por sus hábitos y por su edad. Dijo roncamente:

—¿Es eso todo lo que se le ocurre para vengar a su hija, viejo mamarracho?

—La venganza es una palabra que yo no conozco, Jim.

—Yo sí. Fue la primera que me enseñó mi padre.

—Jim… Tú no querías a Nancy más que yo. Era mi única hija. Nadie es capaz de comprender lo que siento, lo que mi corazón ha sido destrozado, lo que mi vida ha sido arruinada para siempre. La quería tanto que hubiera muerto cien veces en su lugar, si ello hubiera sido posible. Pero ni agilidad tuve para cubrirla con mi cuerpo en el momento del disparo. Sin embargo, no deseo vengarla, Jim. Dios me la dio y Dios se la ha llevado. Aún tengo algún derecho sobre ella, aunque no sea más que un pobre cadáver. Y en el nombre de ese derecho te digo: No debes vengarla, Jim. No debes salir en persecución de esos hombres. Te prohíbo terminantemente que lo hagas.

Jim susurró:

—Como si me prohíbe que vaya a la luna.

—Por favor… Piensa entonces que te lo suplico.

—No puedo escucharle…

—Jim, compréndeme… —El viejo estaba a punto de llorar—. Tú me prometiste cierta vez que colgarías el revólver. Fue cuando, en un duelo, tuviste que matar a un compañero de la infancia, que se había convertido en un temible bandido. Entonces viniste llorando a verme. Sí, no te avergonzó llorar… Dijiste que colgarías el revólver y la estrella, que nunca más querías verte obligado a hacer aquello. Yo te tranquilicé, estuve unos días viviendo contigo, te acompañé

incluso en un breve viaje y volviste a recuperar el equilibrio de tu alma… Luego vino la enfermedad de tu madre. Sabes que la cuidé, que hice por ella todo lo posible… Siento tener que recordarte esto, Jim, pero es que entonces estabas tan agradecido que me dijiste solemnemente que harías lo que yo te pidiera, entonces no te pedí nada, pero lo hago ahora. Quiero que no vengues a Nancy, Jim. Quiero que no acumules sangre sobre sangre.

Jim cerró un momento los ojos. Parecía como si cada una de aquellas palabras fuera un mazazo en su frente, en su corazón sangrante.

—Es cierto que dije eso… —musitó—. ¿Y qué quiere ahora?

—Muy sencillo. Que me jures que no dispararás contra esos hombres, Jim. Que no habrá tiros.

El joven abrió de nuevo los ojos.

Por ellos pasaba una expresión indescifrable, algo que nadie hubiera podido comprender.

Dijo con voz opaca:

—No, no habrá tiros. Se lo juro por la muerta. Ni un solo tiro…

CAPÍTULO III

El hombre había bordeado todas las tierras que limitaban la reserva de los indios navajos: Había pasado por Kaibito, cruzando los peligrosos Dinosaur Tracks y al fin, torciendo hacia el Sudoeste, había pasado por Cameron y llegado a Tucayan.

La población estaba en el centro de lo que muchos vaqueros llamaban «la ruta podrida».

Ciudades pequeñas y polvorientas, calles dormidas, moscas que se le pegaban a uno en el cogote y ni una mujer bonita.

Algunos indios navajos mirando de soslayo en las esquinas. Un *whisky* pésimo servido en tabernas oscuras. Y el sol implacable siguiendo al viajero durante diecisiete horas al día.

Cuando llegó a Tucayan, Jim Coleman no llevaba placa de alguacil. Vestía ropas sencillas, de color oscuro, y llevaba un revólver.

Su caballo penetró con paso cansino en la calle principal de la población. Eran las cinco de la tarde y el fuerte calor empezaba a dulcificarse un poco. Dejó su caballo amarrado en una zona de sombra y penetró silenciosamente en la cantina, que estaba oscura y donde el clima resultaba ligeramente más soportable.

Había pocos hombres en el local. Casi todos eran viajeros que estaban de paso, y nadie dirigió una mirada al recién llegado, que era al fin y al cabo un viajero más. El dueño se acercó:

—¿Qué quiere beber?

Hablaba una mezcla de español e inglés que no estaba exenta de gracia.

—Cerveza.

—Precisamente tenemos alguna que aún está fresca, señor.

Jim vació dos jarras antes de poder volver a hablar. Tenía la

garganta tan seca como el camino que había recorrido. Poco faltaba para que se hubieran puesto a crecer cactos en ella.

—Oiga, amigo.

—Diga, señor.

—Tengo negocios con un fulano que sé que a veces pasa por aquí. Siempre va en grupo.

—Por aquí pasan muchos grupos… El que puede no hace esta ruta viajando solo.

—¡Oh, claro!

—¿Tiene mucho interés en encontrar a ese hombre? —Un interés relativo. Al fin y al cabo, yo no gano ni pierdo. Es por hacerle un favor—. A lo mejor le conozco. —Se llama Chowlitz.

Se fruncieron las cejas del cantinero y sus labios temblaron un solo instante.

—Nunca le he visto por aquí.

—Lo suponía. Bueno, peor para él.

Y Jim, como si aquello no le importara, vació su tercera jarra de cerveza.

El cantinero le miraba. Sus ojos eran como dos rendijas.

—¿Qué le hace suponer que Chowlitz haya pasado por aquí?

—Hubo un tiempo en que comerció con los navajos y los navajos viven al norte de esta zona.

—Cierto… Si alguna vez veo a Chowlitz ya le hablaré de usted. Bueno, en el supuesto de que quiera decirme algo.

—Sí —murmuró Jim—, pero si es tarde cuando le ve ya no valdrá la pena. Dígale que soy un comerciante de Silver City y que me interesa entrar en tratos con los navajos también. Sé que Chowlitz tiene una especie de exclusiva y que le molestan las competencias, pero en este caso lo único que yo pretendo es que me pague mi ayuda dejándome intervenir un poco en el negocio.

—¿Qué clase de ayuda, forastero?

—Le está buscando el alguacil de Silver City. Le está buscando para matarle.

—¿Y qué?

—Yo sé dónde está ese hombre ahora y la ruta que piensa seguir. Una noticia que vale dinero para Chowlitz.

Dejó un dólar sobre la barra y se alejó con paso cansino hacia la puerta.

—Oiga, forastero.

—¿Qué?

Jim se había vuelto con desgana.

—¿Dónde podrá encontrarle Chowlitz, si es que por casualidad le veo?

—¿Cuál es el mejor hotel de este poblado?

—El Cisne.

—Pues allí.

Jim Coleman salió perezosamente, tomó su caballo por la brida y buscó con los ojos el hotel que le habían recomendado.

Estaba a unas cuarenta yardas más abajo. En el rótulo había un cisne dibujado. En otro tiempo aquel cisne debió ser blanco, pero ahora se había vuelto amarillo de aburrimiento y de asco. Debajo de la figura unas letras decían: «Huéspedes, todo confort». Y un poco más abajo, unas letras en tamaño menor advertían: «No se admiten mendigos los fines de semana».

Jim Coleman entró. Un mestizo de mirada astuta le salió al encuentro, envuelto en una vaharada de calor que llegaba desde un patio situado al fondo.

—¿Qué desea, señor?

—Quiero una habitación tranquila. Mejor que no tenga vistas a esa calle principal tan animada.

—¿Animada? ¡Pero si sólo la recorren las moscas!

—Hasta eso me molesta. Deme algo silencioso, si lo tiene.

—Hay un cuarto en la parte trasera del hotel. Da sobre el tejado de la cuadra.

—Me gusta.

—Venga a verlo.

—¿Cuánto cobra por él?

—Usted duerma una noche y si mañana sigue vivo hablaremos del precio.

—Me parece un trato muy razonable.

El cuartucho era malo, pero no tanto como había temido Jim. Su principal inconveniente estaba en que las moscas resultaban el doble de gordas que las de la parte delantera, porque las de aquí se alimentaban directamente de los desperdicios de la cuadra. Algunas de las que estaban remoloneando por las paredes, hubieran ganado un campeonato.

—De acuerdo. Me lo quedaré.

—Yo me ocuparé de su caballo. Jim se lavó, esperó a que hubieran transcurrido unos veinte minutos y luego miró por la ventana. Ideal para saltar sin ser visto. Por eso había elegido la parte trasera.

Puso la almohada tendida en la cama como si formara el bulto de un cuerpo humano, y observó qué efecto producía con la persianilla bajada. Quedó satisfecho. Un tipo que estuviera algo nervioso y quisiera acabar pronto, podía confundirse.

Luego Jim, saltó tranquilamente por la ventana.

Antes de descolgarse del todo, bajó la persiana desde fuera, para que el ambiente quedara en la semioscuridad.

Luego saltó sobre el tejado de la cuadra y, desde allí, se deslizó suavemente a nivel del suelo.

Como la ciudad se componía prácticamente de una sola calle principal, no había más que campos en la parte trasera de las casas. Nadie le vio salir.

Aunque el día seguía siendo muy claro, daba la sensación de hallarse en una ciudad desierta.

Jim fue siguiendo la línea de las casas hasta que éstas terminaron. Llegó, pues, al extremo de la calle principal sin que nadie le hubiera visto.

Entonces dio la vuelta a las casas y apareció en la calle principal, con el sombrero echado sobre los ojos.

Vio la pequeña barbería de la población. Era lo que buscaba.

Podía estar equivocado, pero conocía lo suficiente de las costumbres de los hombres de Chowlitz para atreverse a jugar aquella carta.

Entró en el local. Éste se hallaba vacío. Un dulce rayo de sol llegaba hasta las dos sillas mugrientas.

Un mestizo joven salió de las sombras del fondo.

—¿Qué desea, señor? Servicio esmerado e higiénico, señor.

—Deseo afeitarme.

—Perfectamente, señor. Sírvase instalarse en los sillones de la parte norte, señor.

Jim miró el asiento mugriento que correspondía a la parte norte del local.

—Oiga… Y esas moscas que están ahí… ¿van a afeitarse o ya

han terminado?

—Puede enviarlas fuera, señor. Ellas aguardarán su turno.

Jim sacudió el sillón, dejándolo casi desmontado y, después de una violenta batalla con las moscas, consiguió sentarse. El mestizo le miraba desde el fondo del local.

—¿A qué esperas? —Gruñó Jim.

—El resultado de la batalla, señor. A veces ganan las moscas.

—Aféitame y calla.

El mestizo le enjabonó la cara y luego empezó a afeitarle. A pesar de la cochambre del local, el tipo rasuraba bien. Merecía estar en un ambiente más selecto.

—¿Conoces a Chowlitz?

—Comercia con los navajos, señor.

—Lo sé.

—Últimamente estuvo en la cárcel. Casi dos años.

Les había vendido alcohol y les había proporcionado rifles.

Coleman apretó los labios. Ignoraba aquel detalle. Ahora sabía por qué Chowlitz había tardado tanto en volver junto a Nancy. Durante dos años debió madurar su deseo, debió dejar que éste se convirtiera en una obsesión para él. Ahora lo comprendía todo.

—¿Viene por aquí?

—¡Muy poco! Nunca se sabe exactamente dónde para, señor. Sus hombres, en cambio, se acercan de vez en cuando. Uno de ellos es muy cuidadoso. Se hace afeitar todos los días.

—Sí. Peter.

—¿Lo conoce, señor?

—He oído hablar de esa costumbre que tiene.

Iba a añadir que por eso estaba allí, confiando en encontrarle, pero se calló.

Al terminar el afeitado, el mestizo ofreció:

—¿Un paño caliente sobre la cara, señor?

—Si el paño, está limpio, sí.

—Sólo lo he usado para otros tres clientes, señor.

—Bueno, entonces puede pasar.

Cuando Jim tenía el paño caliente sobre la cara y, por tanto, no podía ver, oyó pasos que llegaban desde la puerta.

Unos pasos lentos, cadenciosos, de hombre que se siente muy seguro de sí mismo y entra en terreno conquistado.

La voz del mestizo se hizo ligeramente trémula.

—Hola, señor Peter.

—Aféitame.

—En seguida termino con este caballero, señor Peter.

—¿Quién es?

—Un cliente… un cliente cualquiera.

—Pues entonces échale.

—Pero, señor Peter… ¡si acabo en seguida!

—¡He dicho que fuera!

El mestizo se retiró. Era evidente que no se atrevía a echar de allí a un tipo que tenía los músculos de atleta y los ojos helados e implacables de Jim Coleman.

Fue Peter quien lo hizo.

Como Jim tenía la cara tapada por el paño, no reconoció en él al hombre cuya novia habían matado en Silver City pocos días antes. Se limitó a sujetarle por la camisa, levantándolo en vilo, y a arrojarlo a tierra.

Jim no se movió.

En el suelo, con la cara tapada aún, parecía un cliente atemorizado y vencido de antemano. Peter se sentó en el sillón vacío.

—Un afeitado. Y de los finos.

—Sí…, sí, señor.

—Ese otro, que pague y se vaya a tomar viento. Me molesta verle ensuciando el suelo.

—Sí… sí, señor.

Se volvió temblorosamente hacia Jim.

—Ya lo ha oído, señor… Yo le ruego… En fin, no se moleste en pagarme. El servicio es gratis.

Había puesto ya el paño sobre el pecho del nuevo cliente. Jim se puso en pie y se retiró el trapo de la cara.

—Yo también haré un servicio gratis, amigo.

Peter le vio entonces reflejado en el espejo. Todo su cuerpo sufrió una terrible convulsión. Intentó incorporarse.

Con una sola mano, Jim le sujetó férreamente por el cuello, impidiéndole moverse.

Con la otra mano tomó la navaja que temblaba entre los dedos del mestizo.

—Este afeitado lo haré yo. Peter intentó llevar la derecha a su revólver. No pudo.

De un salvaje tajo, Jim casi le cercenó todos los dedos. El aullido llegó hasta la calle.

—¿No está satisfecho del servicio, señor? —Ca…, canalla…

—¿Dónde puedo encontrar a Chowlitz? —No está aquí.

—¿Dónde lo veré?

—Tú sabes que no para en ningún sitio. Sus hombres estamos diseminados por los pueblos cercanos como si fuéramos centinelas. El comercio con los indios navajos domina toda esta zona.

—¿Cuándo tenía proyectado llegar aquí?

—No lo sé… Juro que no lo sé. Chowlitz no da explicaciones a nadie. Cuando llega ha llegado, y en paz… Y suéltame de una vez. Me estoy desangrando.

—También se desangró ella.

—Te lo ruego…

—Es tarde para rogar, Peter.

El mestizo balbució desde el fondo del local:

—¿Quiere jabón, señor?

—No. Este afeitado es en seco.

Jim Coleman movió la navaja dos veces.

Los dos tajos cercenaron el cuello de Peter. Un verdadero chorro de sangre saltó sobre el paño que lo cubría.

El mestizo miraba aquello con ojos de hipnotizado, sin atreverse ni a respirar.

—Tú has sido testigo, muchacho —dijo Jim.

—¿Testigo de qué?

—De que no ha habido ni un solo tiro.

—¡No le entiendo, señor!

—Yo sí.

Dio un leve empujón al muerto y lo lanzó al suelo.

—¿Cuánto te debo?

—Veinte centavos, señor.

—¿Y por esto? He de pagarte lo del muerto.

—Señor… Le juro que los de Chowlitz me matarán.

—No te preocupes. Los de Chowlitz no vendrán por aquí. De ahora en adelante me perseguirán en el terreno que yo elija, y procuraré que no sea éste.

—Lié…, llévese al muerto, señor.

—Eso pensaba hacer. En cuanto se desangre del todo.

No iba a tardar mucho, a juzgar por los dos terribles cortes que le había infligido la navaja barbera.

—¿Hay en el establecimiento alguna puerta que no dé a la calle principal? —preguntó Jim.

—Sí. Hay una puerta trasera.

—Está bien. Me llevaré al pájaro.

—¿Adonde, señor?

—¿Adonde va a ser? A la jaula.

Como Peter ya estaba prácticamente desangrado, Jim comprendió que había llegado el momento. Lo envolvió de todos modos, de hombros para arriba, en uno de los grandes paños de la barbería, y se lo cargó al hombro sin esfuerzo aparente.

Luego gruñó:

—Ah, lo olvidaba.

Depositó una moneda de a medio dólar sobre el asiento y caminó en la dirección que le indicaba el mestizo.

Salió a un pequeño patio con una puerta y de allí al campo.

Jim Coleman hizo entonces lo que había hecho para llegar hasta allí, pero con más precaución y dando un rodeo más amplio.

El muerto pesaba, pero él no se daba apenas cuenta. El sentimiento gozoso de haber empezado a ajustar cuentas era más fuerte que la fatiga.

Cuando llegó al otro lado de la calle principal, fue caminando poco a poco hasta encontrar la cuadra del hotel.

Subir al muerto iba a ser difícil.

Jim lo dejó caer a tierra mientras miraba hacia arriba. Una viga sobresalía un poco en la parte más alta del edificio.

Jim entró en la cuadra, buscó su silla y descolgó la cuerda que siempre formaba parte del equipo de ésta.

La lanzó, haciéndola pasar por el extremo de la viga saliente, y ató uno de los cabos al pie del muerto, mientras él tiraba del otro.

Poco a poco lo fue izando, hasta llegar al nivel de la ventana. Nadie fue testigo de aquella ceremonia macabra.

Cuando lo tuvo a la altura conveniente, trepó él mismo por el tejado, llegó a la ventana, la abrió e hizo entrar el «paquete». Todo estaba tal cual lo dejó, indicando aquello que, por el momento, no

había entrado nadie.

Puso al muerto en la cama y lo cubrió bien.

Luego volvió a descender, desanudó la cuerda, la recuperó y volvió a trepar con ella.

Una vez de nuevo en el interior de la habitación bajó la persianilla, dejándolo todo como estaba antes.

Se situó en una zona bien oscura.

Ahora el sol ya estaba casi oculto por las colinas cercanas y la habitación quedó casi sumida en una semioscuridad muy grata. Jim siguió esperando.

—No te puedes quejar —dijo mirando a Peter—. Te estoy velando y todo.

Los minutos transcurrieron lentamente.

Dentro del hotel se respiraba ese ambiente tranquilo y apacible que es el único encanto de las viejas ciudades muertas.

De pronto la puerta se abrió.

Una silueta negra se dibujó en el umbral. Era la silueta de un hombre a quien Jim no reconoció de momento.

Luego, al avanzar un par de pasos, lo pudo ver mejor. Era Kurzon, uno de los hombres de Chowlitz. El también había estado en la iglesia.

Vio el bulto en la cama y se acercó hasta casi rozar el mueble. Quería estar seguro de que no había trampa, de que lo que estaba bajo las ropas era verdaderamente un hombre.

Lo palpó débilmente.

Sus labios se distendieron en una sonrisa. Había cazado bien a su enemigo. Dormidito y con la conciencia tranquila.

Sacó el revólver y disparó el cargador entero sobre el bulto, sin importarle el ruido.

Las detonaciones atronaron el edificio. Luego el silencio, por contraste, se hizo casi angustioso.

Sólo se oyó el revolotear de las moscas, que se habían asustado con los disparos y ahora volvían a sus puestos.

Kurzon masculló:

—Hiciste mal en buscarnos, muchacho. E hiciste mal en emplear ese truco tan gastado de que eras amigo de Chowlitz…

Dio un paso hacia la puerta, pero de repente pareció pensarlo mejor. Regresó y, de un seco tirón, descubrió el cuerpo que había

bajo las ropas.

Lo primero que le asombró fue el que los impactos no hubieran producido la menor huella de sangre.

Luego elevó la mirada, posándola en el rostro del muerto.

Una mueca de asombro, de estupor sin nombre, se dibujó en las facciones del pistolero.

—¡Peter!

Su voz ronca, áspera, reflejaba un horror que paralizaba sus músculos.

Jim, que se había puesto un cigarrillo en los labios, lo encendió tranquilamente.

El chasquido del fósforo llamó la atención a Kurzon. Volvió la cara hacia allí, una cara tan pálida que era como una mascarilla.

Jim exhaló una bocanada de humo.

—¿Sorprendido, Kurzon?

—¡Maldito!

Kurzon fue a disparar, pero el martillo golpeó sobre cápsulas vacías. Quedó atónito, paralizado, contemplando su revólver inútil.

—Has disparado toda la carga —dijo suavemente Jim—, y eso está muy mal hecho. Siempre hay que dejarse por lo menos una bala. ¿Qué va a hacer ahora, Kurzon, con un revólver que no le sirve?

—¡Aún me sirve de algo!

Kurzon se lo arrojó rabiosamente a la cara, con todas sus fuerzas, dándose cuenta de que ya no tendría tiempo para recargarlo. Pero Jim esperaba aquello y lo único que hizo fue ladearse suavemente.

El revólver se estrelló contra la pared.

—Ya ves, Kurzon —dijo Jim, mientras exhalaba otra bocanada de humo—. Incluso tienes mala puntería.

—¡Te mataré con mis manos! ¡Te desharé! ¡Pagarás con tu piel lo que has hecho con Peter!

—¡Oh, claro!…

La expresión de Jim era aburrida. Vio, al parecer sin interés alguno, cómo Kurzon se abalanzaba sobre él.

Sentado como estaba, estiró una pierna, sin molestarse demasiado, y lo envió al otro lado de la estancia. El corpachón de Kurzon hizo retemblar la pared antes de caer pesadamente al suelo.

—Estás asustando las moscas, muchacho. ¿Por qué no armas menos ruido?

Kurzon jadeaba. Se daba cuenta de que, en lucha cuerpo a cuerpo, aquel adversario siempre sería más fuerte que él. Buscó con los ojos algo que le ayudara.

El revólver de Peter… Éste, muerto y todo, aún lo conservaba. Seguramente no había podido sacarlo a causa de los dedos medio cortados de su mano derecha.

Intentó sujetarlo.

Jim, que ya se había puesto en pie, aguardó a que casi lo tocara. Entonces empuñó por el cañón su propio revólver y golpeó dos veces la muñeca derecha de Kurzon. El alarido infrahumano de éste le indicó que le había roto los huesos.

No movería más la mano derecha.

Jim Coleman sabía que el dueño del hotel, quien había dado el número de la habitación en que se encontraba, aun sabiendo lo que iba a ocurrir, estaría escuchando cerca de la puerta. Pero no había ahora por qué pensar en él. Ya llegaría el momento de ajustarle las cuentas.

Kurzon, sentado en el suelo, con la muñeca derecha convertida en un guiñapo, balbució:

—¿Qué…, qué pretendes?

—Vengarme.

—No lo conseguirás… Somos demasiados para ti solo.

—¿No lo conseguiré? Puede que no, pero ya ves que de momento voy por buen camino. ¿Dónde está Chowlitz?

—No lo sé…

—Puedo repasarte la cara con las espuelas, amigo… sólo para refrescarte la memoria.

—No lo sé… ¡Te juro que no lo sé! Chowlitz recorre la zona continuamente… ¡Comercia con los navajos, y eso no es tan fácil como parece! Tiene que ir de un lado a otro… Sus hombres nos repartimos por las ciudades clave de la ruta.

—¿Quién estaba aquí?

—Sólo Peter y yo. Lo…, lo juro.

—¿Cuándo había de venir Chowlitz?

—Si lo supiera te lo diría, pero… no tengo ni idea. Cuando él llega, ha llegado. Nosotros no tenemos ni voz ni voto.

Jim dijo siniestramente:
—Cierto…
Todo coincidía con lo que le había dicho Peter. No había duda, además, de que Kurzon, horrorizado, resultaba incapaz de mentir.
—No tienes ni voz ni voto —remachó Jim—. Bueno, vamos a terminar esto.
—¿Qué pretendes hacer?
—Has sido juzgado legalmente y condenado a muerte, amigo. Yo tengo el honor de notificarte la sentencia.
—Pero…
—Perdona que no te pregunte por tu última voluntad. Me resulta fastidioso.
Jim retrocedió lentamente, mientras guardaba el revólver. Tomó la cuerda que tenía junto a la silla donde había estado sentado.
Kurzon comprendió lo que iba a suceder. El más espantoso terror se apoderó de él.
Eso le dio fuerzas.
Se abalanzó como un loco sobre su enemigo, dispuesto a machacarle con los puños, pero olvidó que uno de éstos era tan sólo un pingajo sin fuerzas.
Jim detuvo fácilmente el golpe del puño izquierdo. El derecho no llegó a su destino.
Dos terribles izquierdazos de Jim dejaron a Kurzon sin fuerzas en el suelo, con los labios partidos y la respiración entrecortada.
—Estás loco… Chowlitz te hará pagar caro esto.
—Estoy esperando que llegue ese momento.
Le puso la cuerda al cuello. Kurzon intentó cazarle de un puntapié al bajo vientre.
El que se lo dio fue Jim.
Aullando de dolor y de desesperación, Kurzon se revolvió por el suelo, intentando vanamente escapar a la presión de la cuerda.
Jim buscó algo que le sirviese para apoyarla. No lo encontró.
Lo que hizo entonces fue levantar a su enemigo y, a puntapiés, arrojarlo por la ventana.
Kurzon saltó por ella y lanzó un terrible alarido al quedar suspendido de la cuerda.
Durante algunos instantes angustiosos e interminables, aún se movió. Desesperadamente intentó apoyar sus pies en el techo de la

cuadra, que estaba solo a unas pulgadas, pero no lo consiguió.

Su último y trágico balanceo indicó a Jim Coleman que todo había terminado.

—La función ha concluido —dijo—. Arriba.

Tiró del muerto, introduciéndolo en la habitación. Le desciñó la cuerda y luego lo metió en cama, junto al otro cadáver.

—Así, bien tapaditos para que no os constipéis —dijo.

Abrió la puerta de repente.

El dueño del hotel, que estaba espiando por el ojo de la cerradura, entró en la habitación como un bólido, igual que si le hubieran dado un puntapié en salva sea la parte.

Jim lo agarró por el pescuezo antes de que llegara al otro lado de la habitación a causa de la inercia.

El hotelero tenía las facciones borrosas. Su terror era tan intenso que le deformaba la cara.

Jim le tuvo así un rato, retorciéndole el cuello, hasta que el otro gimió como un condenado.

—Tú sabías que ese hombre iba a matarme —masculló.

—No…, no lo sabía. Sólo dijo que quería verle.

—Conmovedora historia.

—¡Se lo aseguro! ¡Yo no sabía ni quién era usted!

—¡Mira!

Jim le hizo poner en pie de golpe y le mostró los dos cadáveres que ocupaban el lecho. El hotelero cerró los ojos mientras lanzaba un gemido de horror.

—Tú eres testigo —susurró Jim.

—Testigo… ¿de qué?

—De que no ha habido un solo tiro.

—¿Por qué le importa eso?

—Es cuestión mía. Y ahora te voy a hacer una advertencia. Una sola advertencia, perro sarnoso. No es mal enemigo el que avisa, pero yo soy de esos enemigos que sólo avisan una vez.

—Señor Coleman…

—¿Qué?

—Soy inocente.

—No nací ayer, amigo. Tu plan consistía en cobrar ahora unos cuantos dólares y luego reírte ante mi cadáver, cuando me arrojaran al vertedero de basuras. Muy bien, voy a seguir con mi advertencia.

Dentro de muy poco te mataré. Estás condenado a muerte. Vende esto por lo que te den, recoge tus bártulos y lárgate de Arizona. Si la próxima vez que vuelva estás aquí, te mataré como a un perro.

—Nadie… querrá comprarme esto.

—Entonces quémalo. Y ahora… ¡fuera!

Lo empujó brutalmente y lo sacó a trompicones por la puerta abierta. Estuvo escuchando hasta captar el estruendo de las escaleras al caer un cuerpo rodando por ellas.

Aún dijo desde arriba:

—¡Me marcho ahora, pero dejo a estos dos tipos de paga y señal! ¡Si tienes impaciencia por cobrar, los vendes!

Luego cerró de un portazo.

Sabía que no iba a poder permanecer mucho tiempo en la ciudad. Su única táctica posible consistía en asestar golpes y retirarse. Todo choque frontal significaría la muerte.

De modo que decidió largarse.

Cubrió a los muertos bien, les hizo un saludo y se descolgó por la ventana. Momentos después llegaba a la calle.

Las primeras sombras empezaban a insinuarse entre las casas. El silencio era total y diríase que nadie se había inquietado por los disparos ni por los gritos.

El joven sacó su caballo de la cuadra.

—Lo siento, amigo. Has tenido poco descanso, pero ahora será distinto. Ahora no nos moveremos en un par de días.

Le puso la silla, lo montó y salieron. El caballo avanzó al trote por entre las colinas rocosas, mientras las sombras se iban haciendo más y más alargadas, y los contornos del paisaje se difuminaban. Los relieves de la pequeña ciudad de Tucayan iban quedando borrados a su espalda, mientras se alejaba de ella.

Buscó mentalmente un sitio donde ocultarse.

Lo mejor que se le ocurrió fue la meseta de Kaibab, a la derecha del río Colorado. Un sitio poco frecuentado y lleno de escondites, donde no era fácil que cayese en una trampa.

Con sólo un día de galope llegaría hasta allí.

—Animo, muchacho.

Alentaba a su caballo como si fuese un viejo amigo y, en realidad, lo era. Durante toda la noche galoparon sin descanso, hasta que al amanecer descubrieron el río, que se deslizaba

majestuosamente por entre unas desigualdades rocosas, formando cascadas de brillo tan vivo que llegaba a herir los ojos.

El terreno subía hacia la meseta. En muchos momentos al caballo le era difícil trepar.

Jim se fue desviando siempre hacia la izquierda, donde el terreno era más impracticable, buscando llegar al centro de la meseta de Kaibab. Cualquier sitio era bueno para ocultarse allí.

No llegó hasta la meseta. No hacía falta.

A dos millas del río Colorado había una colina estupenda para ocultarse y vigilar la zona.

Libró a su caballo de la silla, le dejó que pastara a su gusto entre la hierba fresca y él se tendió a dormir.

Tenía tiempo.

CAPÍTULO IV

Entre los farallones de Arizona siempre hay ojos que vigilan. Uno cree avanzar entre la soledad más absoluta, en medio de un mundo muerto y, sin embargo, ojos misteriosos lo siguen, mentes desconocidas registran el itinerario que uno sigue como si lo marcaran en un mapa.

Por eso lo primero que hizo Chowlitz al llegar a la población fue pedir al dueño del hotel:

—Haz que venga Viejo Ciervo. —¿El jefe navajo?—. El mismo. Que no pierda tiempo.

—No sé dónde encontrarle.

—A veces se ha hospedado en tu cochino hotel y tú sabrás dar con él. ¡Hala, adelante!

El dueño del hotel salió de la ciudad corriendo.

Chowlitz subió a la habitación donde descansaban los dos muertos. Llevaban ya veinticuatro horas allí, y su aspecto empezaba a ser desagradable incluso para un tipo como él, acostumbrado a todo.

Sus dientes rechinaron al verlos.

—¿Fue… Jim Coleman?

Otros dos hombres venían con él. Eran todo lo que quedaba de su banda. También los dientes de los otros rechinaron siniestramente.

Uno de los mozos del hotel farfulló:

—Sí… Fue él.

—¿Tú le conoces?

—No, pero firmó con su nombre bien claro en el libro registro del hotel. No hay duda.

—¿Venía solo?

—Sí.
—No sé cómo se ha atrevido ese maldito…
—Hay algo más especial aún.
—¿Qué?
—Fíjese en esos muertos.
—Ya los veo. Uno degollado y el otro ahorcado. ¿Y qué?
—Jim Coleman no quería disparar.
—¿Cómo? No te entiendo.
—Parecía decidido a no emplear el revólver. Después de matar a cada uno de ésos buscó testigos para que acreditasen que no había hecho fuego.
—No lo comprendo, pero…, ¡ese tipo se ha vuelto loco!
—El se habrá vuelto loco, pero los tres se han vuelto cadáveres —dijo el mozo del hotel.
—¡Lárgate!
El mozo salió disparado. Chowlitz salió de la habitación también, transcurridos unos minutos. La visión de los cuerpos de sus dos compinches se le hacía insoportable.
El empresario de pompas fúnebres, un indio renegado, se acercó dando saltitos.
—Querrá enterrarlos, ¿eh, señor Chowlitz?
—Ahora mismo.
—Me ocuparé en seguida de eso, señor Chowlitz. Y si quiere los embalsamo. Van a quedar mejor que cuando estaban vivos, porque, dicho sea entre nosotros, cuando vivían tenían una cara bastante bestia.
—¡Nada de embalsamarlos! ¡Cállate! ¡Llévatelos inmediatamente y no vuelvas a verme!
—Pago por adelantado, señor Chowlitz.
—¿Por qué? Otras veces te he pagado al finalizar el trabajo.
—Es que nadie tiene la vida asegurada, señor Chowlitz. Y quizá usted… ¡En fin, quién sabe…!
Chowlitz estuvo a punto de sacar el revólver.
Sus hombres le detuvieron.
—No te compliques más la vida. Tenemos otras cosas que hacer.
—Liquidaré a ese perro… ¡Lo liquidaré después de arrancarle la piel a tiras, poco a poco!
—Primero hay que saber dónde está.

—Eso nos lo dirán los navajos.

Chowlitz se hospedó en el hotel y esperó hasta la noche. Una impaciencia frenética le dominaba.

Cualquier cosa le ponía nervioso. Los alaridos de las plañideras indias, que el empresario de pompas fúnebres había contratado para dar mayor realce al entierro, estuvieron a punto de volverle loco.

Por fin llegó Viejo Ciervo.

Aparentemente, Viejo Ciervo conservaba todas las virtudes de los indios navajos, pero en realidad era un granuja que gustaba del *whisky*, de las mujeres blancas y de los juegos de naipes. Siempre había servido de auxiliar para los manejos de Chowlitz en la tribu, y cobraba una comisión de todas las ventas de éste.

Se sentó en el suelo y extrajo la pipa, como hacían los de su tribu. Se dispuso a encenderla con las piernas cruzadas y actitud reflexiva. Luego pareció acordarse de que allí no tenía que andarse con disimulos y, guardando la pipa, extrajo un cigarro puro, que encendió con deleite.

—¿Tienes aguardiente, Chowlitz?

—No beberás hasta que me des la información que necesito.

—Las lunas son malas para el amigo Chowlitz. Ya he visto el entierro de tus hombres. Debe dar gusto morir, si uno sabe que lo van a enterrar de ese modo.

—Déjate de idioteces. Morir no da gusto nunca.

—¿Qué es lo que quiere saber mi amigo Chowlitz?

—Ese hombre, el que ha matado a dos de mis compañeros, ha salido de la ciudad. Quiero saber adonde ha ido.

—Mis observadores están en las montañas. Las montañas son altas, amigo Chowlitz, y a veces unas tapan a las otras e impiden ver lo que sucede en el valle.

—Tus hombres lo han visto.

—Y yo he de pagarles.

—Déjate de tonterías. Te he hecho venir porque quiero la información. Y la quiero en seguida.

—Te costará cara, Chowlitz.

Chowlitz sabía lo que el granuja quería. Se volvió hacia uno de sus hombres.

—¿Está Lupita en la ciudad?

—Sí, pero la última vez juró que no volvería a hacer compañía a

un cochino indio navajo. Lo juró por todos sus hijos, lo cual debe ser un juramento respetable, porque Lupita ha tenido seis.

—Dile que venga.

Viejo Ciervo sonrió ladinamente.

—Bueno, eso es distinto. Así se puede hablar.

—¿Han visto tus hombres a ese fugitivo?

—Sí. Y saben adonde se dirigía.

—¿Adonde?

—A la meseta de Kaibab.

—¿No habrá salido de allí?

—Imposible. Mis hombres lo vigilan. Lo tienen localizado.

Chowlitz se frotó las manos nerviosamente.

CAPÍTULO V

—Yo he cazado durante muchos años —dijo Viejo Ciervo con voz sosegada— y sé que la pieza huye cuando uno cree tenerla más segura. La meseta de Kaibab está llena de escondites. Si atacáis solos tú y tus dos hombres, lo más fácil es que ese fugitivo, que está aguardando allí en una posición que ha elegido él mismo, os mate tranquilamente.

Chowlitz reflexionó, dejando de frotarse las manos.

—Además, tú no conoces la meseta de Kaibab. Siempre has comerciado con nosotros llegando desde otros puntos. Si das por allí un paso en falso, estarás perdido irremisiblemente.

—¿Qué sugieres entonces? O, mejor dicho, la sugerencia la haré yo, ¿por qué los navajos no me apoyan con sus rifles?

—Porque sería como delatarnos a nosotros mismos, Chowlitz. Matar a un hombre blanco que, además, es alguacil de Silver City, puede acarrear graves disgustos a la tribu. Todos sabemos cómo las gasta la caballería de Estados Unidos. No; lo único que nosotros haremos será señalar su posición. Lo demás es cuenta vuestra.

—¡De acuerdo!, pero…

—Sé lo que vas a decir —murmuró Viejo Ciervo—. Necesitas ayuda. También el hombre anciano la necesita para perseguir a la mujer blanca. Mis hombres me han dicho que llega aquí un grupo armado. Otros años han pasado por la zona. Se trata de Dickensen. Trae cinco hombres.

—Dickensen…

—Generalmente se refugia aquí después de sus correrías más al sur. En esta época del año viene sin dinero, porque lo ha derrochado a manos llenas en las ciudades donde hay licor y chicas. Si tú le ofreces contratarlo, aceptará sin duda.

—No es mala idea. Seremos nueve contra un solo hombre acorralado en la meseta. No escapará.

—La pieza nunca está segura, pero nueve cazadores pueden atraparla… —dijo, sentenciosamente el indio— si la pieza no se defiende y los nueve no se transforman en dos.

—Jim Coleman no podrá defenderse.

—Eso es lo que espero, Chowlitz. Que tengas suerte. Y piensa que Dickensen llegará al anochecer.

—Hablaré con él en cuanto se presente con sus hombres en Tucayan. Y mañana empezaremos la caza.

CAPÍTULO VI

Jim Coleman llevaba ya dos días en su observatorio, sin vivir de otra cosa que de las piezas que lograba capturar con su revólver. Claro que no le faltaba alimento, porque la región era prodigiosamente rica en caza. Los indios tenían prohibido hacer presas en ella, y los blancos no se acercaban porque les daba miedo la proximidad de los navajos. Aquélla era, pues, una especie de reserva que hubiera hecho las delicias de un cazador. Pero Jim disparaba sólo cuando tenía hambre, en parte porque ésa era la sagrada ley de la Naturaleza, la que respetaban todas las especies menos el hombre, y en parte porque no quería llamar la atención con los estampidos.

Nadie se acercaba a la meseta. Desde su observatorio, el joven dominaba enteramente los caminos que llevaban a ella. Sin embargo, tenía la sensación de ser vigilado.

Aunque los navajos no cazaran generalmente en aquellas tierras, nadie les impedía patrullar por ellas, alejándose de los límites de su reserva, siempre y cuando no estuvieran demasiado tiempo fuera de ella.

Desde lo alto de los farallones rocosos, por entre los intersticios de las silenciosas montañas, ojos ocultos parecían observar el menor de sus movimientos.

Jim pensó si le convendría cambiar de posición. Pero al fin decidió quedarse, porque aquél era un observatorio ideal, el mejor que podía encontrar en toda la meseta.

Nadie podría atacarle sin que él le viera llegar antes.

Lo que Jim Coleman no pensó fue en la posibilidad de que alguien, para caer sobre él, atravesara la reserva de los indios navajos y le atacara desde arriba, es decir, por la espalda. Como

atravesar la reserva estaba prohibido, le pareció que nadie había de hacerlo.

Ignoraba que nueve hombres cruzaban todo el territorio y se aprestaban a tomar posiciones, conociendo exactamente el sitio donde él estaba.

Los indios lo tenían localizado y sabían perfectamente que no llevaba ningún rifle.

Cuando los nueve hombres llegaron a la zona, fueron situados en lugares estratégicos y desde los cuales pudieran batir fácilmente a Jim. Todos sus enemigos llevaban armas largas.

Y al amanecer, cuando Jim se disponía a prepararse un poco de café, se desencadenó el ataque.

CAPÍTULO VII

El propio Chowlitz le estaba apuntando desde unos segundos antes. Tenía un rifle de calidad excepcional, un «Scharp» de cañón especialmente preparado para disparo a larga distancia. Enfiló bien la figura de su enemigo, situada a unas trescientas yardas, contuvo la respiración para que ni siquiera el aliento le hiciese desviar el cañón, y se dispuso a apretar el gatillo.

Jim retiró el poco de café del fuego.

Estaba muy lejos de sospechar que un rifle le tenía ya enfilado y que el disparo iba a producirse de un momento a otro.

El aire quieto era como el aire de todos los días. No se vislumbraba el peligro.

De pronto el caballo relinchó inquieto.

—¿Qué te pasa, muchacho?

El animal volvió a relinchar. Venteaba algo, la presencia de otros caballos a no mucha distancia.

Se alzó de remos, aumentando su inquietud, y esto casi sobresaltó a Jim, que no lo esperaba. El poco de café resbaló de entre sus dedos. Se inclinó para recogerlo.

En ese momento sonó el disparo. La bala casi le rozó los cabellos. Hubiera pasado por el centro de su cabeza caso de hallarse ésta donde se hallaba unos segundos antes.

Jim no perdió tiempo. Comprendió inmediatamente lo que sucedía.

Dando una extraña voltereta en el aire, se arrojó de cabeza tras una roca. Chowlitz, a trescientas yardas, lanzó una maldición.

—¡No comprendo cómo he podido fallar! ¡Ese maldito parece haberlo olido!

—Ha sido su caballo —dijo Bart, uno de los pistoleros que se

encontraban junto a él.

Levantó su «Sharp» y tiró directamente a la cabeza del animal, que dio un terrible salto y cayó de costado, quedando con los ojos vidriosos vueltos hacia Jim.

Éste aulló de rabia.

No podía soportar a quienes mataban a los caballos. A tipos así los odiaba tanto como si hubieran matado a un niño.

—Ahora está acorralado. No tiene ningún caballo. Le será imposible escapar.

Jim también lo sabía.

Supuso que, antes de disparar, habrían completado bien el cerco y, en efecto, no se equivocaba. Las balas llegaban en todas direcciones. Por el sonido de los rifles comprendió que se trataba de ocho o nueve hombres, distribuidos en círculo.

Unos se encontraban en posiciones desde las que podían batirle, y otros realizaban misión de cobertura, escalonándose en profundidad. Con ello hacían que Jim siempre tuviera nuevos enemigos delante en caso de intentar huir.

El joven se parapetó entre las dos rocas que le servían de precario refugio. Las balas llovían de todas partes. No tenía la menor probabilidad de moverse y, lo que era peor, no podía tampoco observar el avance de sus enemigos.

Éstos habían atravesado el territorio navajo. Jim se mordió los labios con rabia por no haber pensado en aquello. Tenía que habérsele ocurrido, sabiendo que Chowlitz comerciaba con los indios y que éstos se pondrían de su lado.

Pero ¿hasta qué punto?

¿Atacarían los navajos también?

Chowlitz, en aquel momento, lo estaba intentando.

—Rodeadle por aquellas rocas. Sólo vosotros podéis trepar hasta allí. Le liquidaréis fácilmente desde arriba.

El indio navajo que sustituía a Viejo Ciervo en la jefatura de la tribu —pues Ciervo Viejo estaba muy ocupado en Tucayan— movió la cabeza negativamente.

—Nosotros no dispararemos. Sería muy arriesgado matar a un hombre blanco fuera de la reserva.

—¿Y quién va a denunciaros? ¿El mismo cuando ya esté muerto?

—No queremos más complicaciones. Bastantes disgustos hemos tenido. Hacedlo vosotros mismos. ¿Por qué no? Sois nueve.

Chowlitz apretó los puños.

—Está bien. Pero no creas que ha sido tan gran favor dejarnos pasar por vuestro territorio, al fin y al cabo. Os acordaréis de esto.

Indicó a uno de los hombres de Dickensen que subiera a la roca que antes señaló. Era un picacho, una especie de aguja natural, esculpida en piedra, y desde cuya cima podía dominarse perfectamente el refugio de Coleman. Una vez allí, podrían acabar la aventura con un solo disparo.

El pistolero era alto, delgado y sinuoso. Tenía tipo de reptil. Pero indicó que sería peligroso subir hasta allí arriba.

—Te daré cien dólares si eres tú el que lo liquida —masculló Chowlitz.

—Debe odiar mucho a ese individuo…

—No sólo le odio. Además, significa un peligro demasiado grave. Y además tengo el capricho de matarle. Eso último es lo más importante para mí.

El tipo delgado asintió.

—Cien dólares por una bala —murmuró—. No es mal negocio.

Empezó a trepar por la aguja rocosa, llevando el rifle en bandolera a la espalda. Jim lo vio.

No veía nada excepto aquella aguja rocosa, desde la cual podían batirle con comodidad.

Trató de reconocer a aquel tipo.

Si era uno de los hombres que estuvieron en el templo, él no podía emplear el revólver. Pero, por fortuna, no se trataba de uno de ellos. Aun a aquella distancia, Jim se dio cuenta de que no lo había visto jamás antes de ahora.

Extrajo su revólver y apoyó el cañón en el borde de la roca, sin disparar aún y sin alzar la cabeza.

Las balas continuaban arrancando junto a él esquirlas de piedra. Un solo movimiento para intentar ver mejor podía costarle la vida.

En estas condiciones no podía apuntar más que a una zona muy pequeña de la aguja rocosa. Echar un vistazo al resto sí que le era posible, pero no entreteniéndose el tiempo necesario para apuntar.

Colocó el revólver cuidadosamente, enfilando la parte de la roca que estaba contigua a la cima.

Cuando su enemigo pasara por allí no tendría más que apretar el gatillo, puesto que el cañón estaba apoyado ya en la roca, enfilado hacia aquel punto.

Con todos los nervios en tensión aguardó durante un minuto, dos…

De pronto vio a su enemigo.

Éste trepaba con la agilidad de un simio e iba a estar arriba antes de lo supuesto. Una vez allí, ya nadie salvaría a Jim Coleman.

El joven apretó el gatillo justo en el momento preciso.

Su enemigo lanzó un alarido y cayó, rebotando entre las piedras, hasta quedar inmóvil, como un muñeco roto, sobre uno de los picachos.

Chowlitz ahogó una maldición.

—Va a ser imposible llegar hasta allá arriba —gruñó Dickensen —. No arriesgaré a ningún hombre más para eso. Desde la cima ven a ese maldito, pero ese maldito también tiene ojos en la cara.

—Entonces hay que estrechar el cerco.

—¿Quieres decir acercarse más?

—Sí. Ese condenado ve la roca donde estaba tu pistolero, pero solamente eso. Podemos llegar tranquilamente hasta un sitio desde donde se le pueda batir.

—No debiste haber disparado tan precipitadamente, Chowlitz.

—¿Precipitadamente? ¡Infiernos! ¡Le hubiera alcanzado de no ser por el movimiento extraño que hizo! ¡Y no podíamos acercarnos más, so pena de que nos descubriera!

—Es igual. De todos modos no tiene escapatoria.

Chowlitz hizo un gesto amplio con el brazo, indicando a los hombres del sector izquierdo que se fueran acercando, mientras los del derecho los cubrían con su fuego.

Oculto como estaba, encogido y sin respirar apenas, Jim se dio cuenta inmediatamente que ahora sólo le disparaban desde un lado.

Eso indicaba que los del otro estaban tomando nuevas posiciones. Si les dejaba acercarse ya no tendría salvación.

Era necesario salir de allí. Pero ¿cómo?

Se agazapó a ras del suelo y sus ojos escudriñaron la zona que tenía ante él.

Un sentimiento de angustia le dominaba. No era sólo por el natural miedo a morir. Era también porque se dejaría sus huesos al

sol sin haber vengado a Nancy.

Vio, al cabo de unos instantes, que sólo le quedaba una posibilidad, aunque ésta era más que remota.

Tenía que provocar un incendio en el lugar por donde sus enemigos se acercaban.

Había una zona de hierba seca que comenzaba casi al alcance de su mano y se prolongaba hasta unos matojos, llegando en conjunto a unas cincuenta yardas de distancia. Si provocaba el incendio estaría a salvo, al menos por un lado, y mientras las llamas durasen.

Extrajo de uno de sus bolsillos una vieja carta, hizo una bola con ella, le prendió fuego y, cuando estuvo bien encendida, la arrojó sobre la zona en que se iniciaba la hierba seca.

La bola rodó, pareció que se apagaba y luego volvió a rebrotar. Las llamas se extendieron por la hierba seca con una lentitud que a Jim le pareció exasperante.

Sus enemigos ya debían estar muy cerca. Pero si el incendio llegaba antes que ellos a los matorrales, tendrían que quedar detenidos por el momento.

Dickensen se dio cuenta del peligro.

No le hubiera importado esperar a que el incendio se extinguiese. Pero es que existía el peligro de que se propagara en demasía, por una zona que Jim no podía ver y les envolviese también a ellos.

Hizo una seña a dos de sus hombres para que apagaran con sus pies el incendio naciente, ahora que podían hacerlo.

Los dos hombres se acercaron y empezaron a pisar las llamas. Lo que no advirtieron fue que se estaban acercando demasiado.

Jim disparó tres veces. Una bala se perdió, pero las otras dos dieron en el blanco.

Los dos hombres, retorciéndose, cayeron sobre las llamas. Pero no sintieron ya ningún dolor, porque al caer estaban muertos.

Dickensen lanzó un aullido de rabia. Aquél era un mal golpe porque las balas que había en el cinto de sus hombres estallarían y saldrían disparadas en todas direcciones.

—¡Hay que cubrirse! —Gruñó—. O que uno de tus hombres vaya a sacarlos de ahí, Chowlitz.

—Es muy arriesgado.

—¿Y para los míos no lo era?

—¡Estás loco!

—¡Hazlo, Chowlitz!, o inmediatamente nos retiramos de aquí. Hay momentos en que el dinero no me importa.

Chowlitz rechinó los dientes. Necesitaba la ayuda de aquellos hombres, porque de lo contrario no acabaría con Jim. Indicó a uno de sus pistoleros que retirara a los muertos.

El pistolero señalado se llamaba Evans.

Temblando, obedeció.

Sabía que Jim le podía alcanzar tal como había alcanzado a los otros. Pero, si se negaba, Chowlitz era capaz de disparar contra él. Necesitaba correr aquel riesgo.

Acercándose con rapidez, tiró de las piernas de uno de los muertos, sacándolo de la zona del incendio.

Jim no apretó el gatillo.

Era extraño, porque debía haberle visto bien. Pero sin duda querría asegurarse para cuando volviera por segunda vez.

Los dientes del pistolero castañeteaban cuando regresó a por el segundo cadáver.

Sabía que iba a morir.

Jim no fallaría el tiro, después de haberlo tenido enfilado dos veces.

El corazón le latía sordamente en el pecho. Mientras avanzaba sentía ya casi en su carne la quemadura de las balas.

«Ahora… Disparará ahora…».

Vio incluso el revólver sobresaliendo por entre las dos rocas en que se ocultaba Jim.

Pero, increíblemente, la bala no brotó de él.

El pistolero sudaba. Tenía la boca espantosamente seca.

«Se está burlando de mí… Va a matarme en cuanto me retire…».

Pero Jim no lo hizo. Permitió que los muertos fueran retirados sin apretar el gatillo.

Dickensen farfulló:

—No lo entiendo… ¿Qué pretende?

—¿Qué pretende quién?

—Ese tipo. No ha hecho fuego…

—Pues la conclusión es muy sencilla. No le quedan balas…

—¿Estás seguro?

—Ha debido cazar demasiado estos días, y aquí no ha podido

reponerlas. ¡Vamos! ¡Adelante todos! ¡Está perdido!

Uno de los hombres de Dickensen saltó sobre las nacientes llamas, deseando ser él quien liquidase al enemigo acorralado. Pero no había llegado a veinte pasos del refugio de Jim cuando una bala le atravesó la garganta.

Cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, lanzando un alarido.

Los otros se detuvieron en seco.

No comprendían aquello. Si Jim tenía balas, ¿por qué no había matado tranquilamente al que retiró los cadáveres?

¿Por una simple razón de humanidad? No. Nadie aplicaba tales delicadezas en un duelo a muerte.

Pero entonces, ¿por qué?

El gesto instintivo de la cuadrilla fue retirarse, lo que planteó a Chowlitz una situación increíble.

El había elegido iniciar el ataque con las primeras luces del día para que quedasen muchas horas de sol y su amigo no tuviera posibilidad de huir aprovechando la oscuridad. Pero ahora el que deseaba la oscuridad era él. De otro modo le iba a resultar muy difícil acercarse a su enemigo.

Sus dientes rechinaron.

Tendrían que abandonar sus privilegiadas posiciones porque el fuego se extendería. Lo único que estaba a su alcance, sin sufrir nuevas bajas, era evitar que Jim se moviese.

Entonces, cuando llegara la oscuridad podrían acercarse hasta su refugio. Aquello se transformaría en una lucha de ratas, pero no importaba.

Uno de los navajos se aproximó. —No tiene agua. Cuando el sol empiece a caer verticalmente, sufrirá mucho—. Vamos a esperar. —Es lo mejor.

Las horas empezaron a deslizarse interminables, mientras el incendio se extendía, alcanzaba las estribaciones recosas y allí iba muriendo poco a poco. Los hombres de Chowlitz y Dickensen se habían ido retirando y de vez en cuando disparaban para advertir a Jim que aún estaban allí. Pero eso era un error, porque Jim podía adivinar su posición por el ruido de los disparos.

La sed le atormentaba, pero no era sólo eso. También le atormentaba la postura encogida en que se veía obligado a mantenerse. No podía estirar los músculos y éstos se le iban

entumeciendo.

El sol caía casi a plomo. Las gotas de sudor resbalaban lentamente por las mejillas de Jim y llegaban hasta las comisuras de sus labios resecos.

Se daba cuenta de cuál era el plan de Chowlitz.

Atacaría con las primeras sombras de la noche, cuando él no pudiera ver a sus enemigos. Eso significaba que él tenía que salir muy poco antes, para no ser cazado como un conejo herido.

Aguardó ansiosamente. Lo más pesado era que no podía relajar su atención un solo instante, por si sus enemigos cambiaban de plan y atacaban repentinamente.

Después de los terribles calores del mediodía, la presión del sol se fue dulcificando. Las rocas ya no quemaban como antes. Las primeras sombras se fueron haciendo alargadas y suaves.

De vez en cuando, para que Jim no pudiera moverse, algunas balas restallaban todavía a pocas pulgadas de su cabeza.

Aún faltaban varias horas para la oscuridad. Jim comprendió que al menos habría dos rifles enfilados hacia las rocas donde se ocultaba, mientras los demás enemigos avanzaban sigilosamente. Si le veían moverse gritarían. Entonces los dos rifles, ya bien colocados, harían fuego y le alcanzarían sin duda.

Tenía que salir antes. Pero ¿cómo?

Jim tuvo una idea y puso manos a la obra. El suelo en que estaba tendido era arenoso y blando. Se desprendió del cinto-canana y con la hebilla empezó a abrir una zanja a su espalda, apartando la tierra cuidadosamente y sin hacer el menor ruido.

Era un trabajo lento y agobiante, pero eficaz.

Pronto la zanja fue lo bastante extensa para que él pudiera tenderse sin que su cuerpo sobresaliera para nada del terreno.

Como además la luz ya empezaba a ser escasa, sus enemigos no advertían la menor anormalidad.

Completamente tendido de bruces en el suelo y con el revólver entre los dientes, el joven siguió trabajando.

Pronto pudo sacar todo su cuerpo del refugio que le había ocultado hasta entonces. Pensó que estaría salvado del todo si conseguía llegar hasta unos arbustos situados dos yardas más allá.

Con la rapidez característica de las mesetas, la temperatura había llegado a ser fría al ponerse el sol. A pesar de eso, Jim

sudaba. Ahora ya estaba por completo fuera de las rocas y sus enemigos lo acribillarían fácilmente si llegaban a verlo.

Por fortuna la oscuridad era cada vez más intensa. Debía faltar poco para que Chowlitz desencadenara el ataque.

De un solo salto se ocultó entre los altos tallos. Entonces se arrodilló y pudo ver el avance de sus enemigos.

Eran dos.

Venían sinuosamente, uno por cada lado, y empuñaban un revólver en la izquierda y un cuchillo en la derecha. Por lo visto no querían dejar nada al azar.

Jim examinó sus probabilidades.

Podía matarlos con el revólver, pero eso delataría su posición. Además, uno de los que avanzaban podía ser de los que estuvieron en el templo, y contra él no debía emplear las balas. Lo mejor que podía hacer era escabullirse, y así, cuando sus enemigos saltaran, no encontrarían a nadie.

Empezó a gatear de un arbusto a otro, sinuosamente.

Ahora cada segundo contaba.

Se ciñó de nuevo el cinto-canana, guardó el revólver en la funda y pudo moverse con más facilidad.

Estaba ya a unas quince yardas de las rocas cuando sus enemigos saltaron rabiosamente sobre éstas, creyendo atraparle desprevenido. Gruñeron de satisfacción, como fieras hambrientas, mientras sus cuchillos buscaban la presa.

No encontraron nada.

Su asombro fue tan grande que no supieron ni advertir a Chowlitz.

Éste bramó:

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Lo habéis cazado ya?

—¡No está aquí!

—¿Cómo?

—¡Ha volado!

—¡Pero si no puede haber salido de ahí! ¡Si es absurdo!

—¡Hay una zanja en el suelo! ¡Se ha deslizado por ella!

—¡Seguid esa zanja! ¡Ved qué dirección lleva!

Jim sabía que ahora todos sus enemigos estaban mirando al mismo sitio. Aprovechó los segundos.

Ya puesto en pie, sabiendo que nadie le miraba, corrió con todas

sus fuerzas, saltando de roca a roca.

Buscaba el lugar donde sus enemigos tenían los caballos y al propio tiempo se alejaba de la zanja todo lo posible, sabiendo que los hombres de Chowlitz seguirían precisamente aquella pista.

De pronto vio los caballos. Estaban en la otra vertiente de los peñascos, en un pequeño calvero.

Un indio navajo los custodiaba.

Jim se acercó a él sigilosamente, sacó el revólver y le atizó un terrible culatazo en la nuca.

El indio se desplomó sin exhalar un gemido. Jim corrió hacia los caballos.

Repentinamente un hambre surgió de entre las monturas. Había visto al indio en el suelo, sin haber oído ningún ruido antes. Estaba materialmente paralizado por el asombro y aún lo estuvo más al ver a Jim Coleman cara a cara. Lo que menos podía esperar en el mundo era la presencia allí de un hombre a quien creía acorralado.

Se dio cuenta de que iba a morir.

Lanzó un gemido.

Jim tenía ya el revólver en la derecha y matarle era para él tan sencillo como aplastar a un insecto.

Pero Jim no disparó.

Acababa de reconocer a aquel hombre. Era Bart, uno de los que estuvieron en el templo. Para él no podía haber plomo.

Bart tuvo un nuevo motivo de asombro cuando vio que su enemigo guardaba el revólver.

Jim no debió haberlo hecho.

Bart, con un movimiento de fulminante rapidez, extrajo su «Colt» e hizo fuego a boca de jarro.

La bala se empotró en la cadera de Jim Coleman, haciéndole lanzar un grito de dolor. Golpeó secamente la muñeca armada de su enemigo y le obligó a soltar el revólver. Luego, antes de que Bart se diera cuenta de lo que verdaderamente sucedía, le ciñó el cuello con ambas manos.

Los dos rodaron por tierra.

Jim sentía la sangre impregnar sus ropas, y un vivísimo dolor le estremecía a cada movimiento de la parte inferior de su cuerpo. Pero no cedió. Un odio infinito le dominaba. Una fuerza que parecía llegar desde más allá del mundo le impulsaba ciegamente a matar.

Bart intentó al principio golpearle, pero luego ya no pudo respirar. Intentó apartar de sí aquellas manos que parecían garfios de hierro.

Esto acabó de perderle.

Jim ya no tuvo que esquivar los golpes y concretó todas sus fuerzas en las manos. Se dio cuenta de que su enemigo estaba al borde del agotamiento.

Bart lanzó un estertor.

La crispación de sus manos se hizo irresistible durante unos momentos, y Jim llegó a pensar que tendría que liberarle, pero luego Bart cedió de pronto.

Su cabeza se inclinó a un lado.

Jim se dio cuenta de que estaba estrechando un cuello roto, el cuello de un muerto.

Se puso en pie como un borracho.

Había matado a tres hombres sin disparar un tiro. Había vengado parcialmente a Nancy, pero ahora volvía a estar en una situación casi trágica.

La sangre escapaba por el boquete de la herida. Tenía la parte inferior del cuerpo casi inmovilizada.

Debía huir inmediatamente o, de lo contrario, ya no valdría la pena intentarlo. Sus enemigos debían haber sido alertados por el disparo y corrían hacia allí. Era cuestión de dos minutos, tres a lo máximo.

Febrilmente desató a los caballos, que estaban muy inquietos después de la lucha, y retuvo a uno de ellos.

Espantó a los otros con un disparo al aire. Se oían ya gritos entre las rocas, a unas cincuenta yardas.

Jim se colgó de la silla del caballo que había elegido, logró trepar a ésta. Dos veces estuvo a punto de caer, dejó que el caballo siguiera el camino que le guiaba su instinto, mientras se mordía los labios para dominar el terrible dolor.

Oyó el grito de rabia que lanzaba Chowlitz.

—¡Los caballos! ¡Hay que recuperar los caballos! ¡No podemos quedarnos aquí!

Pero ya los corceles estaban lejos. Los aullidos de rabia de Chowlitz llenaban la noche y se hicieron más intensos cuando dio con el cadáver de Bart.

A la luz del día hubiera visto las huellas de sangre y se hubiese dado cuenta de que su enemigo estaba herido. Pero entre las tinieblas no lo advirtió.

Mientras tanto, Jim, sin dejar de galopar, se taponaba la herida con un pañuelo, procurando que no saliera más sangre. La bala estaba dentro de su cuerpo, a poca profundidad, porque había rozado el hueso de la cadera izquierda. Pero necesitaba sacarla o limpiar la herida porque, de lo contrario, ésta llegaría a infectarse.

Durante lo que le pareció una eternidad, galopó sin descanso, alejándose siempre de la reserva de los indios navajos. Sabía que, si perdía el sentido en ella, los indios avisarían a Chowlitz. Cuando llegó a la llanura, abandonando los pasajes rocosos, ya el joven no podía sostenerse sobre la silla y avanzaba materialmente colgado al cuello de su montura. Las primeras luces del alba empezaron a insinuarse.

Pero luego pareció como si se extinguieran. Se puso a llover.

De una manera lejana e imprecisa, Jim pensó que aquello era una suerte, puesto que el agua contribuiría a borrar sus huellas. Ni siquiera los hábiles navajos serían capaces de seguirlas.

Vio un riachuelo, luego unas nuevas estribaciones rocosas, y por fin una llanura más ancha y dilatada que la anterior, una llanura inmensa, que se perdía de vista, terminando en otros farallones.

Cerca del riachuelo vio una cabaña.

Debía ser de las que empleaban como refugio los vaqueros en caso de lluvia torrencial, muy frecuente por aquellas latitudes. Jim se dejó caer del caballo, descolgó la cantimplora de la silla y se arrastró hasta el riachuelo, donde bebió ávidamente. La pérdida de sangre le había dado una sed devoradora.

Ya más calmado, llenó la cantimplora y se arrastró hasta la cabaña. Un silencio mortal le rodeaba, como si fuera el único habitante del mundo. Quizá el principal encanto del Oeste consistía en esto, en descubrir un universo nuevo cada día, pero Jim no estaba en situación de apreciarlo ahora. Entró en la cabaña y vio que había en ella un hogar apagado, leña y unas tenazas finas para atizar el fuego.

Con sus débiles fuerzas encendió una fogata. Mientras, en el exterior, la lluvia se había transformado en una tempestad. Puso las tenacillas sobre las llamas hasta que estuvieron al rojo.

Se descubrió la herida. Hurgó con un dedo, hasta encontrar la bala al tacto.

Aquello ni la más sufrida de las bestias lo hubiese resistido.

Sin retirar el dedo, siguiendo la trayectoria de éste, introdujo las tenazas al rojo y sujetó la bala. Aulló desesperadamente, terriblemente, sintiendo como si todos sus nervios fueran a romperse. Luego tiró de la bala y quedó jadeando unos momentos, con la boca abierta, mientras volvía a brotar la sangre. Pensó que si ahora se desmayaba estaba perdido. Esta certeza le hizo resistir.

Se lavó la herida con el agua de la cantimplora, se la taponó con el mismo pañuelo que había utilizado antes y dejó de sentir dolor. Ya ni eso notaba. Estaba tan débil que las sensaciones no llegaban a su cerebro.

Cayó hacia atrás pesadamente, perdiendo el sentido.

CAPÍTULO VIII

Debió estar así más de veinticuatro horas, porque cuando recobró el sentido estaba amaneciendo otra vez.

Había dejado de llover. No se oía nada en toda la inmensa llanura. El aire que entraba por la puerta de la choza era más bien fresco.

Todo aquello hizo recordar a Jim que vivía, y, a pesar de su terrible fatiga, le pareció que aquella sensación era maravillosa.

Luego miró su herida. El pañuelo que había servido para taponarla estaba empapado de sangre, pero ya no brotaba más.

Lo retiró con cuidado, y vio que la sangre se había coagulado. El peligro de hemorragia, por tanto, estaba conjurado; pero quedaban otros.

Uno de ellos era la debilidad. No podía mantener la cabeza erguida. Tenía que hundirla sobre el pecho continuamente, y al mismo tiempo le era imposible servirse de sus brazos y de sus piernas. Todo aquello, sin tener alimentos a mano, era ni más ni menos que la muerte.

Jim pensó con amargura que quizá hubiera sido mucho mejor acabar antes de una vez.

Ahora su fin sería lento, terrible, amargo. Sufriría infinitamente más que si se hubiera desangrado antes le llegar a la choza.

Intentó recapacitar, no perder la serenidad y hacer cálculo de sus posibilidades. Pero éstas eran nulas.

No podía ni soñar con salir de allí y procurarse alimento.

Eso si no le encontraban los hombres de Chowlitz…

Pensaba en ellos precisamente cuando oyó el suave rumor de los cascos de un caballo.

Se puso alerta, pero inmediatamente sus sentidos fatigados

dejaron de reaccionar.

Se dio cuenta de que todo le era indiferente.

Su cuerpo estaba perdiendo incluso lo más elemental: el instinto de conservación.

Cuando el rumor de los cascos cesó ante la puerta de la choza, él estaba medio apoyado en la pared y con expresión ausente. Lo único que había hecho era cubrirse la herida para tener un aspecto más presentable.

En la choza entró una mujer.

Pero era tan fea que Jim tuvo que cerrar los ojos. Pensó que, definitivamente era mejor diñarla de una condenada vez.

CAPÍTULO IX

La mujer avanzó hacia él. En el primer momento había parecido sorprendida, pero ahora parecía muy dueña de sí misma. Además no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que Jim Coleman no significaba ninguna clase de peligro.

El, con los ojos entornados, la vio avanzar.

Masculló para sí mismo:

—¡Pues sí que he tenido suerte!

Ella era una mujer que ofrecía violentos contrastes. Era alta y bien proporcionada, eso estaba fuera de toda luda. Quizá en otro tiempo, años antes, fue una mujer bonita. Pero ahora una serie de calamidades parecían haberse abatido sobre ella.

Una era la edad. Tenía ya los cabellos blancos, aunque conservaba una piel muy fina. La otra era una cojera muy pronunciada que la hacía arrastrar la pierna izquierda. Además, vestía sin gusto, ropas anchas y desproporcionadas, que en lugar de realzar su figura la estropeaban por todas partes.

Por si faltara algo, usaba gafas.

No era muy frecuente ver una mujer con gafas en aquella época, y éstas, además, estaban construidas con muy poca gracia. Toda la armonía que pudiera haber en aquel rostro quedaba deshecha.

Pero, cuando estaba cerca, uno se daba cuenta de lúe aquellos ojos eran bondadosos y dulces. Y además eran bonitos. Definitivamente, años antes aquella mujer debió llamar la atención.

Se detuvo y preguntó:

—¿Qué le ha sucedido?

—Ya lo ve. Estoy de vacaciones.

—¿Quién le ha herido?

—Un grupo de hombres que atravesaban el territorio de los

navajos. No sé si los habrá visto.

—Sí, pero muy hacia el norte. No venían hacia aquí, sino que se alejaban.

Jim exhaló un suspiro.

—De todos modos, ¿qué importa ya?

—Tiene miedo a morir, ¿eh?

—No. Más bien le diría que me fastidia acabar en esta covacha.

—Pues tuvo suerte al encontrarla. Las lluvias produjeron inundaciones, y algunas personas fueron arrastradas. Siempre pasa lo mismo en estas zonas. Si usted llega a estar fuera termina en un despeñadero.

Jim quiso encogerse de hombros, pero ni eso pudo hacer.

—Veamos —dijo ella.

Sin pedir permiso, se inclinó y desabrochó en parte el pantalón de Jim, dejando al descubierto la herida.

—Oiga usted…

—¿Qué le pasa? ¿Tiene vergüenza?

—Diantre, lo digo por usted. Me sabe mal que…

—No piense en ello. Soy madre de tres hijos y mi marido era un borracho al que había de desnudar todas las noches.

—¿Viuda?

—Gracias a Dios, aunque esté mal decirlo.

Salió de la cabaña, sin dar más explicaciones, y regresó al cabo de unos minutos trayendo un cazo de agua del cercano riachuelo. Encendió fuego y la puso a calentar.

—Primero, le lavaré la herida. Luego, le prepararé un poco de sopa, si es que tiene fuerzas para tomarla.

—Lo intentaré, mamá.

Ella le miró a través de los cristales de sus gafas.

—¿Está de broma?

—¿No ha dicho que tenía tres hijos?

—Diablo, pero no son tan mayores como usted. Ni yo soy tan vieja como seguramente piensa.

—No, no es vieja. Más bien diría que está envejecida por el exceso de trabajo. Y además en su juventud, debió ser una mujer muy bonita. Conserva todavía una cintura muy esbelta y…

—Ya veo que no va usted a morirse. Tiene incluso fuerzas para piropear a una vieja.

—Perdóneme… Ni siquiera sé su nombre.

—Me llamo Sally.

—Yo soy Jim Coleman.

—No sé por qué, pero recuerdo haberle oído nombrar.

—Era alguacil en Silver City.

Hubo un leve, un levísimo temblor en los labios de la mujer. Cualquiera que no estuviese tan mal como Jim se hubiera dado cuenta de que la noticia la afectaba, pero él no lo advirtió. Al fin ella se encogió de hombros.

—Quizá le oí nombrar por eso… ¿Perseguía a algunos malhechores?

—Más bien puede decirse que ellos me perseguían a ni. Pero oiga… Hay cosas que no entiendo. ¿Qué hace una mujer como usted en este rincón perdido de Arizona?

—Busco trabajo.

Jim parpadeó dos veces.

—Oiga… o yo no la entiendo o usted se burla de mí.

—No me burlo. Es la pura realidad. Si usted tuviera res hijos y fuese viuda, sabría lo que cuesta manteneros. Ésta parece una tierra muy generosa y muy noble, ¿no? ¡Pues nadie tiene piedad! He corrido y dado turnios por muchos lugares. Si fuese joven y bonita me buscarían, pero así nadie quiere nada conmigo. ¡Odio a las jovenzuelas que lo tienen todo! Por eso he de ir a ejercer mi oficio donde más lo pagan: entre los indios.

—¿Qué clase de oficio es el suyo?

—Soy enfermera. Como los indios no tienen asistencia médica, yo les atiendo en sus enfermedades, dentro de lo que sé, y cuido de sus mujeres durante los partos.

Ellos pagan mejor que los blancos establecidos en las ciudades. Allí no me dejan hacer nada; dicen que soy una vulgar curandera.

—¿Y dónde tiene a sus hijos?

—Los cuidan en un colegio de Tucson…, que me cuesta un dineral. Más de lo que gano.

Jim susurró:

—Oiga…, usted ha sido la única persona que, sin preguntar nada, ha accedido a cuidarme… Mire, yo tengo algún dinero… No mucho, claro… Pero puedo resolver sus dificultades por una temporada. Le firmaré una breve carta para que, cuando yo muera,

usted pueda retirar el dinero que tengo en el Banco de Silver City.

—¿Tan pronto piensa acabar?

—Sé que…, en fin, no puedo ni hablar… Estoy demasiado débil.

—Después de la operación de carnicero que tú te hiciste, hijo, eso es normal… ¡Pero qué pedazo de bestia! Menos mal que debieron tirarte a quemarropa y el boquete era ancho, porque de lo contrario no sacas la bala ni en cien años. Oye…, ¿qué tienes aquí?

Mostró una vieja chapa de bronce que colgaba del cinturón de Jim, con una llave. Estaba retorcida.

—ˆHijo, estás de suerte. Si la bala no llega a tropezar con esto, desviándose, te hubiera asado vivo. Bueno, el agua ya está caliente. Vas a sufrir un poco más, hijo…

Jim dijo débilmente:

—No te preocupes, mamá.

Y otra vez cayó de costado, pesadamente, con los ojos nublados. Nuevamente acababa de perder el sentido.

CAPÍTULO X

Los hombres de Chowlitz entraron pesadamente en la ciudad de Tucayan. Venían cansados, rendidos, cubiertos de polvo. Sus caballos estaban al borde del agotamiento.

Llovía tenazmente, y se habían puesto las mantas sobre los hombros. Vistos de aquel modo, parecían un ejército en derrota.

Chowlitz miró con los ojos entrecerrados las primeras casas del lugar. Sentía odio hacia el pueblo, sentía odio hacia todo.

Dickensen, tras él, no parecía de mejor humor. Habían dejado atrás demasiadas millas y demasiados muertos. Todo para seguir igual…

Jim Coleman había escapado, sin dejar el menor rastro, y seguía siendo una amenaza.

Dickensen, mientras se apeaban lentamente ante el único saloon, repitió lo que ya había dicho varias veces durante el largo camino:

—Yo, en tu lugar, me iría una buena temporada. Ese tipo, si vive, es capaz de asestar nuevos golpes.

—Mis negocios están aquí. Gano mucho dinero en la zona y no puedo abandonarla. Quizá lo que tú quieres es que me vaya lejos para instalarte en mi lugar, ¿eh, Dickensen?

—No seas estúpido. Estoy embarcado en esto igual que tú, aunque yo lo hago por dinero. Y a propósito, hemos de ajustar cuentas.

—Lo haremos hoy mismo, con la condición de que tú y tus hombres sigáis junto a mí.

—Mis hombres sólo son dos.

—También son dos los míos, pero aún formamos una buena tropa. En Tucayan, ese maldito Jim Coleman no tendrá ninguna posibilidad.

—¿Es que vas a esperarle?

—Vendrá por aquí, no hay duda.

—Necesitaría estar loco… Sabrá que lo esperas.

—¿Loco? ¡Claro que lo está!

—¿Y si hubiera muerto? Estaríamos perdiendo el tiempo como unos imbéciles mientras él…

—Hemos de esperar un mes. Hasta dentro de ese tiempo no empezaremos a estar seguros.

Dickensen masculló:

—¡Un mes! ¡Y en Tucayan no hay ni una mujer con menos de cincuenta años!

Todos entraron en el saloon pesadamente, sin hacerle caso.

CAPÍTULO XI

Habían transcurrido ya veinte días desde que Sally encontró a Jim Coleman en la choza, al borde de la muerte. Durante esos veinte días habían cambiado bastante las cosas.

Jim sufrió mucho durante veinticuatro horas. Perdía el sentido continuamente, sentía náuseas y no deseaba vivir. Sally parecía preocupada y se desvivía por atenderle. Murmuraba en voz baja que la naturaleza es sabía y que le quita a uno las ganas de vivir cuando piensa acabar con él. Eso parecía asustarla.

Luego, las cosas fueron cambiando. El alimento que Jim tomaba le empezó a reanimar. Poco a poco sus náuseas desaparecieron, aunque se sentía tan débil que no podía moverse de su puesto. Sólo con muchos esfuerzos lograba salir de la choza cuando alguna necesidad física le obligaba a ello, aunque durante los primeros días todo su organismo se paralizó. Era, en cierto modo, un cadáver.

Sally vivía prácticamente fuera de la choza. Dormía siempre al raso. Cuando Jim estuvo un poco más fuerte, le advirtió:

—Espero que no mires cuando me cambio de ropa, hijo.

—Nunca lo haría. Te tengo demasiado respeto, mamá.

—No, no, si yo lo digo por ti… Te pegarías un susto. Estoy hecha una birria…

Jim rió por primera vez. Aquella mujer mayor que le ayudaba a vivir, le devolvía el optimismo y la fe.

En las tardes interminables que pasaban juntos, él contó su historia.

Sally la escuchó en silencio. No hizo un solo comentario.

Pero, cuando terminó de hablar, sus ojos estaban húmedos.

—¿La querías mucho, Jim?

—No era un amor apasionado, pero era dulce. Nos conocíamos

desde la niñez.

—Lo comprendo. Ésos son los amores más estables. Yo, en cambio, no lo he conocido nunca.

—¿Y tus tres hijos?

—Amigo mío, cuando seas viejo como yo, sabrás que una mujer, muchas veces, es, por desgracia, un trasto cuyos sentimientos no cuentan. Pero contigo será distinto. Tú te casarás y harás feliz a la mujer que te quiera.

Jim apretó los labios. Ahora que se sentía mejor, su terrible juramento volvía a impedirle dormir durante las noches.

—Nunca más volveré a ser feliz —barbotó—. Nunca… Desde aquel día mi existencia ha estado llena de muerte. Y hasta que la muerte me destruya a mí mismo, nada cambiará.

CAPÍTULO XII

Cuando Jim estuvo en situación de montar a caballo, decidió no perder más tiempo. Demasiado se había entretenido él y demasiado había entretenido ya a Sally, una pobre mujer que necesitaba angustiosamente ganar su vida. Por eso una mañana, aun sin recobrar del todo su forma anterior, puso de nuevo la silla al caballo, que durante casi un mes se había pasado la gran vida, y decidió volver a Tucayan.

Sally, con sus cabellos que parecían más blancos que nunca, sus vestidos mal hechos y su expresión triste, le contemplaba en silencio tras los cristales de sus gafas.

—¿Te vas, hijo?

—Sí ha transcurrido ya demasiado tiempo.

—¿Hasta dónde piensas llegar? —Hasta Tucayan. No está lejos de aquí—. ¿Crees que allí encontrarás a los hombres que buscas?

—Seguro que me están aguardando.

La mujer desvió la mirada.

—Hijo, la venganza es una mala cosa. Es una idea que corrompe, que va destruyendo por dentro. Te lo digo yo, que ya empiezo a ser vieja.

—No lo niego, pero peor es que esos tipos sigan viviendo. Un día, si yo no mato a Chowlitz, éste se encaprichará de otra mujer. Creerá que tiene derecho sobre ella, que puede hacerla suya. Y volverá a matar. No, la justicia no puede ser blanda con esos tipos. Hay que exterminarlos a la primera vez.

—Quizá ellos te exterminen a ti.

—Es un riesgo que debo aceptar.

—Hijo…

—No me llames así. No eres tan vieja.

—¡Uf! ¡Tú qué sabes!

—¡Pues te juro que a veces me sorprendes! A pesar de esas ropas, tienes una cintura de jovencita.

—Cintura es lo único que me queda. Pero ya va a ser por poco tiempo, Jim; los años no perdonan.

Jim, después de afianzar la silla, se volvió hacia la mujer llevando una pequeña bolsa en la mano derecha.

—Oye, Sally…

—¿Qué?

—Te ruego que aceptes esto. Es un poco de dinero. No mucho, pero es todo lo que tengo ahora. Además de que te debo la vida, no te he dejado ganar nada durante un mes entero. Te ruego que aceptes esto con toda mi gratitud. Y piensa que siempre estoy en deuda contigo. Que jamás olvidaré lo que has hecho.

Ella aceptó la bolsa.

—Está bien; lo guardaré para mis hijos. Por mí sola no lo aceptaría.

—Tengo ganas de conocer a tus hijos, Sally. Deben ser unos muchachos estupendos.

—Ya los conocerás cuando vengas a Tucson.

—Eso espero, Sally. Piensa que, si vivo, me encontrarás en Silver City para todo lo que necesites. Y ahora…, adiós.

Le estrechó la mano. La de la mujer temblaba.

Hubiérase dicho que, detrás de las gafas, aquellos ojos, siempre indiferentes, estaban turbios ahora.

—Sally… celebro haberte conocido. No hubiera podido hacer amistad ahora con una mujer joven. Tú eres distinta…

—Sí, ya sé lo que quieres decir. Soy una birria.

—Hay algo en ti que resulta indefinible y que… Bueno, no sé explicarme. Te ruego que me perdones, Sally… y espero que nos volvamos a ver.

Montó a caballo. Vio como ella se dirigía lentamente hacia el otro animal, el que la había traído hasta allí.

Jim no quiso volver la cabeza, mientras ponía su montura a galope. Fue en línea recta a Tucayan, aun sabiendo lo que allí le esperaba.

* * *

La ciudad estaba tranquila y silenciosa cuando él llegó. Empezaba a anochecer. La vieja y sucia línea de casas que formaban la calle principal parecía incluso agradable a aquella distancia.

Jim se apeó lentamente ante el hotel. No le importó ser visto. El dueño se quedó petrificado al encontrarse de nuevo con él.

—Pero…, señor Coleman…

—Quiero una habitación.

—Sssss…, sí, señor Coleman.

—Dame la mejor que tengas. Y cuídame bien porque una nueva traición te costará la vida.

—Yo no le traicioné, señor Coleman.

—Tú tenías proyectado asistir a mi entierro, cerdo. Y aunque he decidido olvidar aquello, repito que no pasaré por una nueva traición. Si la cometes tú mismo habrás firmado tu sentencia de muerte.

El hotelero le llevó a la mejor habitación de su infecto local. Era el cuarto llamado «Gran Nupcial». No se comprendía, de todos modos, qué grandes nupcialidades debía haber allí, porque la cama era de una sola plaza, pero Jim decidió pasar por alto el detalle.

—Fíjese, señor Coleman. Incluso hay una chimenea con candelabros.

—Vete antes de que te rompa uno de ellos en la cabeza.

—Sí, señor Coleman. Con mucho gusto, señor Coleman.

—Quiero un baño.

—Claro que sí, señor. En seguida se lo preparamos. ¿Con qué prefiere que perfumemos el agua? ¿Con *whisky* o con *brandy*?

—¡Vete al infierno!

Sabía que el dueño del hotel era un traidor, pero Jim quería darle la oportunidad de rectificar. Mientras estaba en la bañera cerró la puerta por dentro y tuvo el revólver al alcance de su mano. El agua caliente le sentó bien y tonificó sus músculos. Luego se vistió y regresó a su habitación.

Sólo al entrar, ya se dio cuenta de que alguien estaba tras la puerta. Jim Coleman contuvo la respiración. Pero intentó que sus gestos fueran lo más naturales posible.

Sin cerrar, se dirigió a la chimenea y sujetó uno de los candelabros. No quería emplear el revólver por si se trataba de hombres de Chowlitz.

Los que estaban ocultos tras la hoja de madera no podían verle, aunque en cualquier momento podían cerrar la puerta y enfrentársele con sus revólveres. Jim, sin embargo, nunca se había sentido tan seguro de sí mismo.

El saber que había sido traicionado aumentaba su determinación y su odio.

Empuñando el candelabro, levantó la cama con una sola mano y la arrojó de repente contra la puerta. Los dos hombres que estaban tras ella dispararon a la vez, nerviosamente, no sabiendo qué era lo que se les venía encima.

Jim surgió entonces por un lado de la puerta y aplastó el candelabro contra la cabeza de su enemigo más cercano. Lo hizo con tal fuerza que le hundió la bóveda craneana. En el primer instante supo ya Jim que acababa de matarlo.

El otro disparó rabiosamente, aunque sin apuntar. La bala se llevó una línea de piel de la mejilla de Jim, dejándole una cicatriz sangrienta. El alguacil de Silver City no le permitió disparar otra vez.

Le aplastó el candelabro sobre la cabeza, aunque ahora con menos fuerza o menos suerte. Su enemigo sólo perdió el sentido, mientras tiraba al suelo otra vez, ya sin puntería. Jim le sujetó por los pantalones y la camisa y lo arrojó por la ventana estrepitosamente.

Supo que no le había matado, pero aquel granuja ya llevaba una buena ración.

Luego Jim descendió la escalera. La cicatriz de Ja mejilla le dolía, pero eso era indiferente. Sólo al empezar a descender el último peldaño, se dio cuenta de que el dueño del hotel le apuntaba con un «Sharp» desde detrás de su tarima. Jim Coleman se pegó a la pared, mientras tiraba a través de la funda.

El «Sharp» tiró demasiado alto. La bala se clavó en el pecho, mientras el dueño del hotel resbalaba poco a poco hasta el suelo.

Jim depositó dos dólares sobre el mostrador.

—Mi propina —dijo.

Luego salió a la calle. Se había dado cuenta ya de que sus enemigos estaban nerviosos. Convenía precipitar las cosas, no dejarles reaccionar.

Aquella noche que empezaba a caer tenía que ser la noche

diabólica de la sangre y de la muerte.

Jim calculó mentalmente el número de enemigos que iba a tener enfrente. El último de los hombres de Chowlitz había muerto con la bóveda craneana aplastada, y su cadáver aún estaba «durmiendo» en la habitación del hotel. Sólo quedaba Chowlitz mismo.

En cuanto a Dickensen, debía contar con dos o tres pistoleros como máximo.

Jim fue al único saloon de la ciudad. Por el simple hecho de que no le importaba morir, se sentía más fuerte que nunca.

Un mexicano tañía la guitarra. Sus notas tristes y cansadas parecían un himno de funeral.

Al ver entrar a Jim, todo el mundo se situó fuera de la barra. Ya sabían lo que iba a ocurrir.

Jim ocupó él sólo toda una zona del saloon. La guitarra seguía sonando. Era como su propio himno de funeral. Hasta el *sheriff*, que se encontraba de inspección en la ciudad, guardaba silencio.

El joven tomó una botella de *whisky* y se sirvió un vaso, pero no le supo a nada. Lo único que notaba en la garganta era un espeso sabor a muerte.

CAPÍTULO XIII

Ya venían. Eran dos.

Sus botas nuevas y bien lustradas resonaban sobre las tablas del porche. Avanzaban con la seguridad que les daba saber que la ciudad era suya, que nadie se opondría a sus deseos.

Jim los vio a través de la ventana.

Uno era Dickensen, que llevaba la cara surcada de cicatrices. El otro era uno de sus compinches, quien aún mostraba una señal en su cabeza a causa de la caricia que en el hotel le hizo Jim con el candelabro.

Los dos entraron confiadamente, creyendo que el saloon estaba como todas las tardes. Pero, al entrar, Dickensen alzó extrañado lo que le quedaba de una ceja.

Acababa de ver a Jim.

—Pero… —balbució.

Jim, que no había sacado el revólver, dijo con una sonrisa burlona:

—Pasen, caballeros, no se estén en la puerta. Tienen aquí *whisky*, ron, *brandy* y tequila. Si ninguna de esas bebidas les gustan, también tienen sangre. ¡Y la que tendrán! ¿No se animan, caballeros?

Dickensen, reponiéndose en parte de su sorpresa, farfulló:

—De modo que has vuelto…

—¿No era eso lo que esperabas? ¿No querías arrancarme la piel a tiras?

—¡Qué inteligente! ¿Cómo lo has adivinado?

—Cosas que piensa uno.

—¿Tú has matado al hotelero?

—Le he pedido amablemente que no molestara. Eso es todo. Por

cierto, ¿dónde están tus otros amiguitos, Dickensen?

—No te importa.

—Es igual, ya los encontraré. Tú eres la pieza gorda, la que quería cazar en primer lugar. Dime dónde quieres la primera bala, porque no pienso matarte en seguida. Si puedo, haré que dures unos cinco minutos por lo menos.

—De mí no te burlas.

—Tienes razón —musitó Jim—. De un hombre como Dickensen no hay que burlarse. Hay que aplastarlo.

—¿Es que vas a enfrentarte con los dos?

—No sólo voy a enfrentarme, sino que incluso tengo preparado vuestro himno funeral. —Miró de soslayo al mexicano—. ¿Quieres cantar, amigo?

El mexicano empezó de nuevo su canción. Esta vez había en sus notas como un insulto, como una burla. Dickensen no pudo resistirlo.

—¡Calla!

—Debieras prestar un poco más de atención —dijo suavemente Jim—. Estás escuchando tu despedida.

El pistolero le miró con rostro deformado por el odio.

Jim tenía una expresión sarcástica en los labios y parecía burlarse de él, pero, en realidad, su cerebro trabajaba a una presión diabólica.

No dejaba de comprender que con los insultos y amenazas que había dirigido a Dickensen, éste tenía que haber «sacado» ya. Además, eran dos contra uno y él aún estaba débil, o sea que Dickensen tenía todas las ventajas. Si no se había movido era porque estaba al acecho de un momento más favorable aún. Es decir, esperaba a alguien.

¿Sus otros dos hombres tal vez?

Era lo más probable.

Jim estuvo al acecho, con todos los nervios en tensión, aunque no lo parecía, buscando descubrir en el rostro del pistolero un gesto que le delatase.

De pronto los ojos de Dickensen miraron hacia una de las ventanas que había en la parte posterior del saloon.

Se lanzó a tierra, tensos los músculos, mientras sacaba el revólver, con una velocidad de pesadilla.

Ahora apoyó los pies como palanca contra la barra y salió despedido hacia el centro del saloon.

Dickensen y su pistolero «sacaron» también, mientras alguien disparaba desde la ventana posterior. El lugar que antes ocupara Jim quedó materialmente acribillado por las balas.

Pero él ya no estaba allí, sino dando rapidísimas vueltas sobre las tablas que formaban el suelo del saloon.

Hizo un solo disparo contra el hombre que se hallaba asomado a la ventana y le voló la cabeza.

Luego, de rodillas en el suelo, volvió su revólver contra los hombres que estaban al otro lado.

Ahora eran tres. Acababa de entrar por la puerta otro pistolero de Dickensen. Todos vomitaron plomo como condenados hacia el lugar donde se encontraba el joven.

Dos balas le rozaron la cabeza y una le alcanzó en la pierna.

Jim lanzó un grito de dolor, pero su salvaje deseo de matar le dio fuerzas para no caer de bruces y mantener aún su revólver en línea de tiro. Apretó el gatillo dos veces.

Los dos hombres que acompañaban a Dickensen no volvieron a disparar nunca más.

Al primero, la bala le atravesó el corazón, y al segundo, le perforó el frontal exactamente por el centro. Ambos cayeron hacia atrás, haciendo una extraña pirueta, y cuando tocaron las tablas del suelo estaban ya muertos.

El *sheriff* contemplaba asombrado, sin atreverse a intervenir, aquel fantástico desafío. El grupo de mujeres y hombres que estaban al fondo del saloon habían contenido la respiración.

Dickensen vio que se encontraba solo y comprendió con horror que no podría hacer frente a aquella especie de diablo.

Saltó hacia la puerta mientras disparaba al azar, sólo para cubrirse con una cortina de balas.

Jim, desde el suelo, disparó otra vez, pero sólo consiguió hacer oscilar aún más los batientes de la puerta, cuando éstos iban de un lado a otro a causa del impulso que les había dado el cuerpo del fugitivo.

El *sheriff* farfulló mirando a Jim:

—Ahora esto es un duelo legal, amigo. Haga… lo que le dé la gana.

Jim se puso en pie e intentó llegar hasta la puerta, pero su pierna herida falló y cayó de bruces al suelo.

Oyó el trote de un corcel en la calle. Dickensen huía.

Y él no podía dejarle huir. ¡No podía! ¡Necesitaba matarle aunque fuera la última cosa que hiciera en este mundo!

Arrastrándose sobre las manos, llegó hasta la puerta y empujó los batientes con la cabeza. Vio que Dickensen había montado sobre un caballo y galopaba rabiosamente hacia un extremo de la calle, levantando una nube de polvo.

Jim, apretando los dientes, poniendo toda su voluntad y toda su sabiduría en aquel disparo, apuntó y oprimió el gatillo.

La bala debió rozar la cabeza de Dickensen, porque se le vio tambalearse sobre la silla, pero no llegó a caer. Por el contrario, su galope se hizo más rabioso.

Frenéticamente, no sabiendo ya lo que hacía, Jim apretó el gatillo otra vez, pero no le quedaban más balas.

Vio entonces el caballo de un vaquero amarrado a la valla. Comprendió que no podía saltar sobre él con la suficiente rapidez y que además no podía espolearle porque tenía la pierna rígida. Era inútil, pues, tratar de perseguir a Dickensen, que había elegido un buen caballo. Pero en la silla del que estaba amarrado vio Jim algo que le llamó la atención: Un lazo. Todos los vaqueros lo llevaban para enlazar reses, y él lo emplearía para enlazar a un coyote.

Poniéndose en pie y avanzando a saltos, descolgó el lazo y lo sujetó bien para el lanzamiento. Entonces se apoyó únicamente en la pierna sana. No podía dar bien el impulso, pero tenía que intentarlo.

Todos los que estaban en el saloon, incluso el *sheriff*, habían salido. Contemplaron atónitos el lanzamiento de Jim como si fuera un espectáculo de circo.

Dickensen, a galope, iba ya a doblar una esquina. Jim contuvo la respiración y lanzó.

Se oyó silbar la cuerda.

Todos habían contenido el aliento y miraban atónitos la figura cada vez más lejana de Dickensen.

De pronto se oyó un alarido, seguido de un grito de entusiasmo.

Dickensen había sido cazado por el lazo. Se hallaba preso en el círculo mortal de la cuerda.

Cayó del caballo, revolviéndose en el polvo. Pero la cuerda aún estaba relativamente floja y pudo empujarla hacia arriba. Jim no tiró, limitándose a observarle.

El mexicano de la guitarra farfulló:

—Cuidado, pero ¿es que va a dejarle escapar?

No, Jim no pensaba dejarle escapar. Apretó la cuerda justamente cuando ésta pasaba por el cuello del pistolero. Dickensen lanzó un rugido al sentir el cáñamo ciñéndole la garganta.

Jim musitó:

—Tenía que llegar, asesino.

Pasó el otro extremo de la cuerda por encima de una viga de madera labrada que adornaba el porche junto a la entrada del saloon y empezó a tirar lentamente. Todos se dieron cuenta de que estaba ahorcando a Dickensen, pero guardaron un terrible silencio.

El mexicano empezó a rasguear la guitarra, arrancándole las notas de su canción de funeral.

Dickensen se revolvió, gimió, pataleó, pero no pudo arrancarse el dogal fatídico que lo estrangulaba poco a poco. Mientras tanto la guitarra iba sonando. Fue la ejecución más extraña, más movida y más cruel que se había registrado en toda la historia de la ciudad.

Cuando los pies de Dickensen dejaron de tocar el polvo de la calle, al ser alzado por la soga, estaba ya muerto.

Jim ató el extremo libre al amarradero de los caballos y dejó el cuerpo de Dickensen colgado ante la entrada del saloon.

Luego se sujetó, con un gesto de dolor, la pierna herida, mientras miraba al *sheriff*.

—¿Va a exigirme responsabilidades, polizonte?

El *sheriff* se pasó una mano por la mandíbula. Estaba sudando.

—Por haber liquidado a Dickensen y a sus hombres, no —dijo.

—¿Y por lo del dueño del hotel?

—Por eso debería ahorcarle. Pero teniendo en cuenta que ha limpiado la ciudad, voy a darle una oportunidad, verdugo. ¿Dónde tiene su penco?

—En la cuadra del hotel.

—Lléveselo y salga de la ciudad. Si dentro de una hora está aquí dispararé sobre usted, Jim, lo juro. Y si no puedo hacerlo lo harán mis ayudantes; dispararán con rifles y a traición, si hace falta.

Jim sonrió con una mueca crispada.

—Acepto la oportunidad, *sheriff* —dijo.

Fue tambaleándose hacia la cuadra del hotel, sacó su caballo y montó en él penosamente. Poco después, doblado sobre la silla, avanzaba por la calle principal hacia la salida de la población.

El *sheriff* lo vio marchar con los ojos entornados.

—Una manera como otra de condenarlo a muerte —dijo—. Fuera de aquí no encontrará quien lo atienda, y la herida de la pierna lo liquidará. No llegará muy lejos.

El mexicano entonaba otra vez, con su guitarra, el himno de los muertos.

Las sombras parecían rodearle. Le daba la sensación de que estaba en una gruta, de que no se vislumbraba por ninguna parte un resquicio de luz. Tenía los pies helados y la frente le ardía. Desde una eternidad antes ya no sentía en la pierna ningún dolor.

Jim se dio cuenta de que se estaba muriendo.

No había encontrado agua en todo el camino y no había podido lavarse la herida de la pierna. La pérdida de sangre había sido mucha y se sentía tan débil que no podía sostenerse en el caballo. Llegó un momento en que tuvo que abrazarse al cuello del animal y dejar que éste lo llevara adonde quisiera.

Se dio cuenta de que avanzaba por unas montañas y se dio cuenta también de que aquello era el fin.

Nunca hubiera podido imaginar que la muerte fuera una cosa tan lenta y angustiosa.

Hubiera sido mil veces mejor morir de un disparo de revólver, antes que soportar aquella agonía.

Era ya noche cerrada —pero él pensaba que la oscuridad había llegado muchas horas antes— cuando las fuerzas le fallaron definitivamente. Cayó rodando del caballo cuando creyó oír muy cerca el rumor de un riachuelo. El animal siguió, señal de que iba en busca del agua. Pero Jim ya no pudo hacer ningún esfuerzo más.

Intentó avanzar apoyándose en los codos y esto acabó con sus últimas energías.

Perdió el sentido quedando de bruces sobre la hierba, que poco a poco se fue tiñendo de rojo.

No supo cuánto tiempo estuvo así y la primera sensación que experimentó después de su caída fue la de que una fuerte mano lo estaba arrastrando hacia el reino de los muertos. Intentó resistirse y

entonces abrió los ojos. Pero no vio nada. Le rodeaban las más espantosas tinieblas.

El contacto de la mano volvió a repetirse.

Jim giró la cabeza, todavía con los ojos abiertos, y entonces vio algo. Una sombra que estaba inclinada sobre él. Vio también la silueta familiar de un caballo.

¡Por tanto, no estaba muerto! ¡Se hallaba vivo aún y en el mismo lugar donde había caído!

El simple esfuerzo de girar la cabeza y pensar esto hizo que perdiese nuevamente el sentido.

Lo volvió a recobrar minutos más tarde. Ahora la sombra que estaba inclinada sobre él parecía haberse hecho más clara. Vio con estupor que aquella sombra correspondía a una mujer.

—Estése quieto —dijo ella.

Tenía una voz clara y bien timbrada, o sea que seguramente se trataba de una mujer joven, aunque Jim se encontraba tan débil que ni siquiera podía verla bien porque la vista se le nublaba.

—¿Hace mucho que ha caído?

—No…, no lo sé.

—Lo he descubierto gracias al animal. El caballo estaba bebiendo en el riachuelo cuando yo he ido a recoger una cosa que tenía a secar sobre la hierba. Vivimos cerca de aquí.

—No se moleste… por mí.

—¡Ha perdido mucha sangre, por lo que veo! ¿Cree que podrá levantarse y llegar hasta el caballo?

—No…

La mujer tuvo un instante de vacilación.

—Iré a ver si ha llegado John. Si él ha venido ya, podremos llevarlo entre los dos; pero de no ser así tendré que dejarle. Yo no tengo fuerzas para arrastrarlo hasta la casa, ni para hacerlo subir al caballo.

Jim esbozó una débil sonrisa.

—¡Pues no se preocupe… más por mí! Siento haberle fastidiado la noche, muchacha. Usted… es joven ¿verdad?… Haga una cosa… Tráigame una cantimplora de agua y déjeme que muera… bebiendo. Tengo una sed horrible… Eso es lo único que le pido.

—Como ha perdido tanta sangre es natural que tenga tanta sed. Ha de ser espantoso. De todos modos no desespere aún, porque es

posible que John haya llegado. Aguarde un momento.

—No tema, no voy… a escaparme —farfulló Jim.

—Menos mal que aun no ha perdido el humor.

Ella se alejó. Era muy alta o, al menos, así se lo pareció a Jim desde el suelo. Se movía con gran agilidad, o sea, que era joven como él había supuesto.

Jim se dijo que no la volvería a ver más.

Sin embargo, la mujer reapareció minutos más tarde acompañada de un hombre. A pesar de la oscuridad se adivinaba que era un tipo joven, bastante fuerte, y que vestía como un vaquero. Se arrodilló junto a Jim y lanzó un bufido:

—¡Hum! Está muy mal…

—Hay que llevarlo a casa. Debemos hacer algo por él…

—¿Sabemos quién es?

—No tengas miedo, John. Aunque fuera un bandido nada puede hacer. Y hay que taponarle esa herida o acabará desangrándose.

—Bien.

Entre los dos lo levantaron, sujetándole el hombre por debajo de los hombros y la mujer por las botas. El zarandeo a que tuvieron que someterlo para eso hizo que Jim perdiera el conocimiento otra vez.

Lo recobró cuando estaba tendido sobre una cama de campaña como las que él conocía bien y dentro de una habitación hecha con troncos. Sobre su cabeza se hallaba colgado un farol de petróleo y un hombre y una mujer lo estaban examinando atentamente.

—¿Duele? —preguntó el hombre.

—No he sentido… nada.

—Le hemos limpiado y taponado la herida y le hemos hecho un torniquete en la pierna. Se le ve la bala si uno separa los bordes del orificio, pero no hemos podido arrancársela al primer intento. Estoy poniendo al rojo unas tenacillas. Si usted cree que va a necesitar un trago de *whisky* dígalo ahora.

—Lo que necesito… es agua.

—Tome.

Le pusieron el gollete de una botella en la boca y Jim bebió ávidamente creyendo que era agua. Pero era ron del más fuerte. Escupió ahogándose. Lo que en otros momentos le hubiera parecido una bebida aceptable, ahora le abrasaba las entrañas y le hacía

sentir algo peor que la misma muerte.

—Vamos, procure tragar —decía la mujer—. ¿Es que no se da cuenta? Ojalá esté completamente borracho cuando le extraigamos la bala.

Le hicieron beber toda la botella y Jim se puso a delirar. Cuando le introdujeron en la carne las puntas de las tenacillas al rojo, estaba tan débil que ni siquiera gritó. La bala le fue extraída en un tiempo récord por el hombre llamado John, al cual ni siquiera había visto bien la cara todavía.

Luego le dejaron solo.

La robusta naturaleza de Jim hizo que resistiese, al menos parcialmente, aquella nueva prueba. Deliró durante toda la noche, pero cuando las primeras luces del amanecer entraron por la ventana, él estaba vivo todavía. La mujer acudió entonces a verle.

Jim parpadeó.

Diablos, estaba a un paso de la tumba, pero eso no le impedía darse cuenta de que aquella mujer era la más bonita, la más fina, distinguida y tentadora, que había visto en su vida.

Recia, de caderas anchas y poderosas, pecho erguido, cintura estrecha y unas piernas que, por lo que se podía ver por debajo de la ropa, mareaban.

Y también llevaba un vestido rojo.

Jim cerró los ojos para no verla, porque cuando uno va a abandonar el mundo es mejor no darse cuenta de las cosas bonitas que hay en éste.

—¿Cómo se siente? —preguntó la mujer.

—No sé qué decirle. Lo extraño es que… no siento nada.

—¡Hum! Esto es mal síntoma. Vamos a ver la herida.

Jim se dio cuenta de que le habían rasgado con una navaja el pantalón y la bota, dejándole la pierna al descubierto. La herida estaba vendada y los vendajes presentaban una pequeña mancha de sangre. La mujer descubrió la herida y la estuvo mirando atentamente.

—Esto no tiene mal aspecto, pero está usted muy débil. Voy a curarle aplicándole unas hierbas cicatrizantes que me vendieron los indios. Si le hago daño no sienta vergüenza de gritar. Esto le calmará.

Le aplicó a la herida alcohol puro y unas hierbas secas. Jim tuvo

que morderse los labios, destrozándoselos, pero no gritó. Luego, la mujer le vendó la herida nuevamente.

—¡Vaya! No es usted un mequetrefe, después de todo. Resiste bastante. Y oiga…, ¿qué le han hecho en la cara?

—Por poco me la destrozan con una bala.

—¿Sabe que está usted hecho a pedazos, amigo? Tiene cicatrices en las venas, un balazo en la pierna, y la cara llena de marcas. Creo que todas se le curarán menos una: La que tiene en la mejilla. Ésa se le va a quedar como adorno para toda la vida.

—Eso será si vivo mucho.

—Cuando ha pasado de esta noche creo que lo podrá resistir. Aunque, desde luego, dudo de que durante un mes tenga fuerzas para salir de esta casa. ¿Cómo se llama? Le hemos salvado y todavía no sé su nombre.

—Me llamo Jim Coleman.

—¿A qué se dedica?

—Soy… Bueno, vivo de lo que sale.

—¿Es un pistolero?

—Supongo que sí.

Luego dejó de mirarla.

Sus recuerdos le atormentaban. Su vida entera era como una pesadilla.

CAPÍTULO XIV

Jim Coleman, en efecto, hubo de estar mucho tiempo en aquella casa. Era como si la historia se repitiera, aunque con una importante variación. Primero, le había ayudado una mujer ya de edad y madre de tres hijos. Ahora le ayudaba, en cambio, una muchacha por la que hubiera valido la pena dejarse cortar una pierna.

Durante los dos o tres primeros días, Jim estuvo aturdido.

El que más le ayudaba era John, que la muchacha le presentó como su hermano. Ninguno de los dos parecía vivir de modo habitual en aquella cabaña, que debían haber elegido para ocultarse.

Ésa era una de las cosas que preocupaban a Jim. Era como una costumbre no desterrada aún de sus tiempos —sin embargo, tan cercanos— de alguacil de Silver City. Los fugitivos, las gentes misteriosas, le preocupaban. Y éstos lo eran, no cabía duda.

Ella le llamaba Jezabel.

Se movía silenciosamente por la habitación vacía, en cuyo suelo yacía Jim. Durante largas horas le hacía compañía y le calmaba la fiebre con paños impregnados en vinagre o agua fresca. Preparaba la comida que John obtenía cazando en aquel lugar aislado.

Cuando ya estuvo mejor, Jim susurró:

—Es extraño. Parece como si la historia se hubiera repetido.

—¿Repetirse? ¿En qué sentido?

—Hace poco tiempo me hirieron también. Es un riesgo normal en un hombre que ha aceptado la muerte como única profesión. Entonces me ayudó una mujer ya bastante mayor. Se llamaba Sally.

—Lamento no conocerla.

—Los años habían causado estragos en ella, pero nunca conocí a

otra persona tan agradable. Y ahora…, ahora contigo sucede lo mismo, Jezabel. Es extraño.

—Yo te encontré por casualidad y simplemente he pretendido ayudarte.

—Sé que te debo la vida, como entonces se la debí a ella.

—No pienses más en eso. En realidad, has hecho algo que estaba por encima de tus fuerzas. Luchar solo, sin ayuda de nadie, contra dos bandas organizadas, es una locura. Lo que te ha sucedido es lo menos que podía ocurrirte.

—Aún no he terminado.

—Yo, en tu lugar, olvidaría esos deseos de venganza.

—No puedo. Chowlitz, el principal culpable, aún está vivo.

—¿Tanto quisiste a esa mujer?

—¿Qué mujer? No creo haberte contado nada.

—Detrás de un revólver siempre hay un hombre, pero detrás del hombre siempre está la sombra de una mujer.

Jim susurró:

—Algún día te contaré mi historia. Aunque en cierto modo sea vulgar.

—No es necesario. Supongo que detrás de esto hay una mujer muerta. Es suficiente.

Jim apretó los labios. Por primera vez en su vida se sentía turbado. En la belleza de aquella mujer había algo irreal, algo tan dulce que cortaba sus palabras. No podía comprenderlo; era como si aquella mujer hubiera estado siempre presente en su vida, y no sabía por qué.

Musitó:

—Jezabel… Eres la muchacha más bonita que he conocido.

Jezabel volvió la cabeza. Sus ojos se posaron en un punto indefinible de la estancia.

El silencio, la quietud de la tarde, los rodeaban.

—Gracias. Pero no es necesario que seas galante conmigo.

—No es galantería, sino verdad. Eres tan bonita… que no he podido apartarte de mi memoria durante las noches. Y eso me ha hecho recordar que vi tu rostro cierta vez en un pasquín. Estás reclamada por ayudar a tu hermano John a matar a un hombre.

Ella apretó los labios. Sus ojos volvieron lentamente al rostro de Jim. Pero no había odio ni miedo en ellos, sino más bien una gran

serenidad. Con voz opaca musitó:

—Matamos al hombre que había asesinado a nuestro padre.

—Lo sé. Y sé también que vuestra causa será revisada, pero mientras tanto os veis precisados a huir. Yo…, yo quiero agradecerte de algún modo lo que has hecho por mí, Jezabel.

—Nada has de agradecerme.

—Sin ti hubiese muerto… igual que sin aquella otra mujer. Para agradecértelo solo tengo una cosa en mi mano. Tu hermano y tú podéis vivir en Silver City sin que nada os ocurra. Yo aún soy el alguacil de la ciudad. No obedeceré ninguna orden de captura hasta que vuestro proceso sea revisado.

—Pero con ello arruinarás tu porvenir… —Mi porvenir, ¿qué importa ya?—. Debes rehacer tu vida, Jim. —Nada tiene interés para mí.

—Pero tú sabes que estás equivocado. En la vida aún existe el deber, las pequeñas satisfacciones de cada día, aún existen la luz del sol, la música, las… mujeres.

Lo hizo silenciosamente, sin una palabra más, casi podría decirse que sin un gesto.

Sus labios se posaron en los labios de Jim.

Fue un beso sabio, lento.

Fue un beso quieto y silencioso, como la quietud y el silencio de la tarde.

Jim no correspondió a aquel beso.

Era como si volviese a vivir, pero Jim sabría que, de ahora en adelante, todos sus días estarían ya impregnados de muerte.

Ella, que había estado arrodillada para besarle, se puso en pie y salió silenciosamente.

Jim sentía en su pecho una cosa muy extraña, muy distinta.

Era como si algo le llamase de nuevo a la vida, pero su corazón se negaba a vivir.

* * *

Al día siguiente intentó ponerse en pie.

La pierna herida no respondía bien, pero eso le era igual, mientras pudiese montar a caballo. En silencio, Jim se afeitó y aseó, mientras oía, igual que todas las mañanas, que John y Jezabel salían de la casa.

Ellos dos vivían en la otra habitación, de las dos que tenía el destartalado edificio. Único resto de un antiguo rancho, el viento y el agua entraban por todas partes, pero era un buen refugio para un par de fugitivos. Todos los días, a aquella hora, se levantaban, y ella iba a un arroyo cercano a lavar lo necesario para el desayuno, mientras John trataba de cazar por las cercanías alguna pieza. Jim sabía que disponía de una hora de respiro antes de que se dieran cuenta de que había huido.

Como en la casa no había papel, Jim escribió con lápiz en la única pared encalada:

> «Mantengo mi ofrecimiento, Jezabel. Tu hermano y tú seréis siempre bien recibidos en Silver City, si yo continuo vivo. Ahora voy a terminar una pequeña cuenta pendiente. La última cuenta…».

En silencio preparó su caballo, que estaba en un pequeño cobertizo anexo a la casa, y salió de los alrededores sin que nadie se diera cuenta. Llevaba un revólver que no podía usar y una pierna que aún necesitaba mucho reposo para poder funcionar normalmente. Pero, de todos modos, Jim Coleman aún estaba dispuesto a saldar la última deuda.

* * *

Como suponía, Chowlitz no se encontraba en la pequeña población de Tucayan. Viéndose solo, había huido en busca de climas mejores.

Jim no se inmutó.

Compró un cuchillo largo, de desollar reses, y antes de que el alguacil volviera a echarlo de la ciudad, salió de ésta para dirigirse a territorio navajo.

Sabía que Chowlitz estaría oculto allí, o, al menos, los navajos podrían indicarle su escondite… si era capaz de hacerles hablar.

Durante tres días recorrió, infatigable, la reserva. Durante tres días interrogó a los navajos y les advirtió lo que podía ocurrirles si ocultaban a un asesino.

Todos dijeron lo mismo: Chowlitz había estado allí, pero había

huido poco después. Estaba completamente solo y sus negocios ya no existían. No era más que una especie de perro rabioso y acorralado la última vez que lo vieron.

Jim sabía que los navajos difícilmente mentían. Tampoco hubieran ocultado a un hombre después de saber que era un criminal buscado.

Jim Coleman atravesó la reserva.

Chowlitz no podía haber ido muy lejos. No porque no le interesase huir, sino porque por aquella zona estaban sus únicos amigos y compinches. Fuera de los límites de Arizona era hombre perdido.

Durante una semana más, Jim buscó incansable por todos los rincones, por todas las montañas, por todos los escondrijos.

Su pierna iba reaccionando mejor, aunque seguía estando en inferioridad de condiciones. Pero eso no importaba.

Por fin, quince días después de haber dejado a Jezabel, tuvo la primera pista.

Un ranchero solitario había sido asesinado.

Faltaban alimentos y ropas de la pequeña casa. La fierecilla del paso de Chowlitz, convertido más que nunca en un perro rabioso, estaba bien clara.

Jim enterró el cadáver y siguió la pista durante dos días más. Al tercero descubrió una fogata cuyas brasas habían sido apagadas muy recientemente.

El cerco se estrechaba.

Chowlitz no sabía que le perseguían tan de cerca y esto quizá le daba confianza, por lo que se había atrevido a encender fuego. Pronto dormiría más horas de las necesarias y entonces habría llegado el momento de caer sobre él.

Jim Coleman extremó las precauciones. Los laberintos del norte de Arizona son muy complicados, y cuando dos enemigos se buscan en esas condiciones, el menor fallo del perseguidor puede convertirlo en perseguido. Igual que un rastreador comanche, Jim acorraló a su presa pulgada a pulgada, valiéndose de las huellas más insignificantes.

Un día más tarde, avistó a Chowlitz.

No había amanecido del todo aún. En el horizonte se insinuaban las primeras luces, y Chowlitz dormía tranquilamente. Jim no le

molestó.

Cortó una rama larga y delgada, hizo en su extremo una especie de horquilla, valiéndose de su cuchillo de desollar, y buscó por las cercanías de un arroyo montañoso, con cañaverales a ambos lados. No tardó en encontrar lo que buscaba.

Su horquilla apresó una serpiente venenosa de cinco palmos de longitud, que se revolvía salvajemente entre las dos tenazas. Jim la introdujo en una de las bolsas que llevaba colgadas de la silla de su caballo y el nauseabundo reptil se calmó en la oscuridad.

Luego, con la bolsa en la mano, volvió adonde estaba Chowlitz. Éste se desperezaba ya.

Todo su cuerpo sufrió una convulsión terrible al ver a Jim Coleman allí, contemplándole, llevando una bolsa en la mano derecha. Intentó coger su rifle, con un gesto instintivo, y lanzó un grito al ver que Jim se lo había retirado ya.

El rostro del joven era impenetrable.

Ni una sonrisa, ni un gesto de odio, ni un leve rictus de emoción en sus labios.

Nada.

Como la máscara de la muerte.

El silencio era macizo, agobiante, entre los dos. En aquel tétrico amanecer no se movía una hoja. Ambos tenían la sensación de estar solos en el mundo, quietos al final de un largo camino donde más allá ya sólo había una tumba.

Chowlitz mascculló:

—No me matarás así… Tienes que permitir que me defienda.

—Tu costumbre no es ésa, Chowlitz.

—¡Si me matas así será un asesinato!

—Claro que no, Chowlitz… Voy a dejar que te defiendas. Y, además, yo no te mataré. Tú mismo me pedirás la muerte.

—No te entiendo… ¡Estás loco!

Chowlitz se había puesto en pie. Vio que su enemigo dejaba con cuidado, junto a una piedra, la grande e hinchada bolsa de cuero que llevaba atada cuidadosamente. Era una de esas bolsas que generalmente servían como depósito de agua durante los largos viajes.

Con un grito de rabia, Chowlitz creyó haber atrapado descuidado a su enemigo. Levantó una piedra con ambas manos y

trató de aplastar con ella la cabeza de Jim.

Éste esquivó el golpe, dio un golpe en la nuca de Chowlitz, con el canto de la mano, y vio como éste caía a tierra pesadamente.

—¡En pie!

Chowlitz obedeció. Se sentía perdido sin armas y sin hombres que lo ayudasen. Intentó sujetar a su enemigo por las piernas, al levantarse, y éste le propinó un rodillazo que lo tendió de espaldas.

—¡En pie!

Chowlitz tenía aún muchas fuerzas. Se levantó de un salto. Logró cazar a Jim con un impacto al mentón y lanzó un grito de triunfo al ver que el joven se bamboleaba. No tenía las piernas muy seguras, desde luego, y comprendió que aquél era su punto flaco. Pero, cuando iba a atacar de nuevo, Jim le golpeó, también con el canto de la mano derecha, bajo el pabellón nasal. El golpe repercutió salvajemente en todo el cráneo de Chowlitz. Éste nunca hubiera podido imaginar que un golpe así, al parecer tan inofensivo, le trastornara de tal modo. Cayó otra vez de espaldas, mientras se nublaban sus ojos.

—¡En pie!

Ya casi no oía la voz de Jim, pero se levantó de nuevo. El miedo le cegaba, le daba nuevas fuerzas. Se lanzó en tromba, con demasiada precipitación, y Jim no tuvo más que alzar la rodilla para alcanzarle de lleno, destrozarle el pabellón nasal y llenarle de sangre el rostro.

Ahora no le dejó caer. Ahora le sujetó con ambas manos, le acercó a un árbol y estuvo golpeándole la cabeza contra el grueso tronco hasta que el cuerpo de Chowlitz fue como el de un guiñapo, sin vida, sin fuerzas, sin alma.

Luego le ató los pies al tronco, dejándolo de bruces en el suelo, y le ató también las manos a la espalda.

Jim Coleman se sentó a esperar. Su enemigo tardó media hora en recobrar el conocimiento.

Le miró sorprendido, con sus ojos inyectados en sangre. Chowlitz no comprendía por qué infiernos no lo había matado aún. Lanzó una carcajada ronca, espesa, hasta que se dio cuenta de que estaba bebiendo su propia sangre.

—Coleman… maldito… Tú te has vuelto loco… Debiste haberme matado cien veces…

—Ya te he dicho que no te mataría yo, Chowlitz.

—No te entiendo… Pero, pienses lo que pienses, yo sobreviviré. ¿Me has entendido? ¡Yo sobreviviré! No podrás nada contra mí… Sé que no emplearás las armas de fuego…

Jim extrajo tranquilamente su cuchillo de desollar. Vio que los ojos de Chowlitz se salían de las órbitas.

—No intentarás liquidarme… con eso.

—¿Por qué no?

—Estoy indefenso… Y ese cuchillo… ¡Ni a una fiera se la trataría así!

—Es que tú eres una fiera, Chowlitz.

Se acercó lentamente con el cuchillo. Chowlitz, sin poder moverse, hizo un gesto de horror.

—Noooo… ¡Con eso no!

Jim, con un gesto de desprecio, clavó el cuchillo en el suelo, lejos de su alcance.

—No, no voy a matarte con eso, Chowlitz… Ya te he dicho que tú mismo me pedirías la muerte.

—Ya veo… Pretendes matarme de hambre…

—No creo que tengas tiempo para eso.

—¡Maldito! ¡Mátame de una vez! ¡Dispárame a la cabeza, perro!

—Calma, calma, amigo… Ya sabes que no puede haber tiros en este negocio.

Se sentó lejos de Chowlitz, pero mirándolo fijamente, y encendió un cigarrillo. Sabía que iba a fumar muchos en aquella larga espera.

El sol se elevó en el horizonte. Empezó a apretar el calor. Las gotas de sudor resbalaron por el rostro de Chowlitz, que no podía moverse y, además, no recibía la menor sombra.

—Agua… ¡Dame agua, maldito!

—Ten paciencia, Chowlitz. Ya ves si soy buen amigo tuyo. Yo te recomiendo que no la bebas.

—¡Maldita sea tu estirpe! ¡Quiero agua!

—No tengo.

—¡Pero si está en esa bolsa! ¿Crees que no sé para qué sirven? ¡Dame agua! ¡No pretenderás matarme de sed!

—No, no lo pretendo.

Durante horas y horas estuvo quieto, insensible a los gritos de Chowlitz hasta que llegó la noche. Jim encendió fuego

tranquilamente, se preparó un poco de cena y se dispuso a dormir. Pero no cerró los ojos. Simplemente permaneció muchas horas mirando a su enemigo, hasta que el sol empezó a elevarse de nuevo sobre las montañas.

Cuando sus rayos implacables cayeron otra vez sobre la cabeza de Chowlitz, éste ya no pudo resistirlo. Se estaba deshidratando.

—¡Agua! ¡Dame agua de una maldita vez, perro!

—Te recomiendo que no la bebas. Si resistes un día más te soltaré. Palabra.

—¿Me… soltarás?

—Yo siempre cumplo lo que prometo. Sabes que soy hombre de palabra.

Chowlitz enmudeció. Su cerebro trabajaba febrilmente. Sabía que, en efecto, Jim Coleman jamás faltaba a su promesa. Si había hablado de soltarlo en el caso de que él resistiera la sed, cumpliría su palabra. Por tanto, él tenía que resistir, resistir…

Durante horas interminables, mientras el ardor del sol se hacía más y más intenso, aguantó sin pedir agua. Sentía los efectos de la deshidratación en sus pies, en sus ojos. Empezaba a sufrir alucinaciones. Le parecía que Jim se movía, mientras que en realidad no dejaba de estar sentado a cierta distancia de él, sobre una piedra.

—Agua…

Ya no podía más. Su libertad, si resistía hasta el día siguiente, le parecía ya una quimera. Todo su cuerpo, todas sus células, se estaban resecando. En este momento, por un vaso de agua hubiera dado la vida.

—¡Dame de beber! ¡Dame de beber, maldito!

—Piensa lo que te juegas, Chowlitz.

—Yo solo… quiero… agua…

—Lo siento, Chowlitz. Aguanta un poco más. Estás perdiendo tu oportunidad.

—Esa bolsa… ¡Quiero agua! ¡Agua, por favor!

Jim Coleman se puso en pie lentamente.

En sus ojos no había expresión alguna, no había nada.

Sólo un inmenso vacío, como el vacío de la muerte.

—Está bien, Chowlitz —susurró—. Ya te advertí que me lo pedirías tú mismo.

Se acercó con la bolsa, la abrió y la acercó a los labios de su enemigo. Éste lanzó un alarido inhumano al ver lo que contenía la bolsa que había pedido tantas veces.

Jim se retiró de allí. Montó en su caballo lentamente.

—Tú eres testigo de que no ha habido tiros, muchacho… —susurró lentamente—. Ni uno…

Y se alejó de allí con la cabeza hundida entre los hombros.

* * *

No llegó a Silver City hasta dos semanas después. Su pierna estaba ya bien, pero en su alma existía aún un vacío, era una especie de islote donde sólo imperaba la muerte. Sin una palabra descabalgó ante su oficina, dio las gracias al hombre que le había sustituido, repasó los asuntos más importantes, y luego fue a su casa.

Caminaba pesadamente, lentamente, como un hombre que no tuviera fe.

Creyó que lo encontraría todo lleno de polvo después de una ausencia tan larga, pero se llevó una gran sorpresa al ver que todo estaba limpio y mucho más ordenado que cuando él lo dejó. Su sorpresa aumentó al oír canturrear en la pequeña cocina.

La mujer que estaba allí, quitando el polvo, se volvió al entrar él. El rostro de Jim tuvo una crispación al reconocer a Jezabel.

—Hola, Jim. No sé si te ofenderás porque le haya pedido a tu ayudante que no te dijese nada. Le recordé tu promesa y…

—Jezabel… Al contrario, te estoy muy agradecido.

—Vienes muy triste, Jim. Parece como si tu vida ya no tuviera objeto.

—En cierto modo no lo tiene. Tú eres la mujer más bonita que he visto en mi vida, Jezabel, pero debo renunciar a ti. Debo renunciar por el respeto que debo al recuerdo de una muerta.

—Jim… Yo te ayudaría a olvidar. Por primera vez he sentido lo que es tener un hogar, una vida por delante. Te ayudaría a olvidar muy lejos de aquí, si tú quisieras.

—Tampoco puede ser, Jezabel. Hay otra razón.

—¿Cuál?

—He recordado muchas veces a una mujer que era ya mayor y que necesitaba ayuda. Sin ella, yo estaría muerto ahora. Lo que me

une a su recuerdo no es amor, claro, sino gratitud y un poco de compasión. Ella me necesita y yo estoy en deuda. Iré a buscarla y la ayudaré.

—¡Pero, Jim…! ¡Eso es absurdo! Tú no puedes… ¡Tú no puedes enterrar tu vida!

Jim se encogió de hombros. Una tristeza muy honda le corría por dentro, pero él no quería demostrarla. No quería que Jezabel notase el dolor que corroía su alma.

—Iré a buscarla —susurró—. Con aquella mujer es distinto. Podía ser mi madre. Si la ayudo, a nadie ofenderé.

Jezabel asintió lentamente. En sus ojos había lágrimas.

—Ha sido revisado mi proceso, Jim. Ya no debo huir de nadie.

—Eso quiere decir que estás aquí por tu propia voluntad.

—Sí. Y eso quiere decir también que…, que deseo estar junto a ti, Jim.

—Lo siento, Jezabel… Sería distinto si tú fueras aquélla.

La muchacha hundió la barbilla sobre el pecho.

Sus ojos húmedos brillaron un momento a la luz. Luego, sé cerraron lentamente.

—Al menos me dejarás que te prepare una taza de café, Jim.

—Puedes hacerlo. Gracias, Jezabel… No sé si algún día llegarás a comprenderme.

—Te comprendo, Jim.

El se sentó en uno de los sillones del vestíbulo. Cerró un momento los ojos, mientras le asaltaban los recuerdos. Todo parecía tan lejano, tan inconcreto… Pero estaba allí, donde su vida nunca debió haberse roto. Una sensación de vértigo le acometió al pensar en lo que había ocurrido en tan sólo unos pocos meses.

Oyó pasos quedos que se acercaban. Alguien le puso una taza de café en la mano. Una voz algo ronca, que parecía llegar desde el fondo de sus más lejanos recuerdos, murmuró:

—Anda, tómatelo calentito, hijo. Frío no vale nada.

Jim abrió los ojos de golpe. Estuvo a punto de dar un brinco.

¡Porque la que estaba delante de él era Sally! ¡La misma que le había salvado al salir de territorio navajo!

—Cuando tenía que pasar desapercibida en todas partes había de disfrazarme con cierta gracia —dijo ella con voz ya natural, con la voz de Jezabel—. Amigo mío, cada vez que hablabas de mi

cintura juvenil temía que me descubrieses… Una peluca, unas gafas y unas ropas mal hechas no tapan tantas cosas…

—Pero… ¡Jezabel!

—¿Creías que te había encontrado casualmente la segunda vez, tonto? ¿Acaso no imaginaste que te seguía? Porque estaba enamorada de ti.

Jim estaba sin respiración. Hubo de hacer un gran esfuerzo para balbucir:

—Pero… tus tres hijos…

—Caramba, no han nacido aún. Pero todo es posible, ¿no?

Jim Coleman estrechó su mano. Jim sintió que, después de una terrible pesadilla, empezaba de nuevo a vivir. Supo que con aquella mujer, en otra ciudad, tal vez en la misma Tucson, podría renacer su vida.

No la besó. Pero sus manos unidas; sus ojos, que se encontraban después del dolor, eran todo un mensaje.

—Tampoco habrá tiros en nuestro matrimonio… —susurró ella —. Yo esperaré lo que sea, hasta que las heridas de tu corazón hayan cicatrizado, Jim. Y no volverás a disparar… Te lo prometo.

Jim pensó que un hombre no necesitaba un revólver para matar. Lo había demostrado. Y pensó también que una mujer sólo necesitaba sus labios.

Pero no quiso probarlo… aún.

FIN